

Tipo de Publicación: Historia Menuda
Recibido: 20/06/2023
Aceptado: 30/06/2023
Páginas: 221-274

Autor:

Jesús María Sánchez
Investigador histórico
Profesor, Locutor
Academia de la Historia del estado Miranda
Miranda – Venezuela

Co-Autor:

Heyka Olivares
Lic. en Psicología (UCAB)
Lic. En Educación (UCV)
Postgrado Relaciones Industriales (UCAB)
Miranda – Venezuela

 <https://orcid.org/0000-0003-3384-0113>

Email: olivaresheyka@gmail.com

HISTORIA MENUDA. LEYENDAS DIVERSAS QUE ALBERGA EL GENTILÍCIO VENEZOLANO

Resumen

No crean que se me ha olvidado compartir con todos uds estas historias llenas de cultura de la época que recrean lugares y personajes variopinto con veracidad auténtica, a continuación, presento una serie de documentos que llenan de curiosidad a la sociedad del conocimiento con la manifestación del pueblo venezolano. En esta historia menuda llena de cuentos y leyendas urbanas y pueblerinas encontrarán acontecimientos plagados de emoción que en su momento hicieron feliz a más de uno y que continúan recreando al lector con la transformación de la cultura venezolana. Disfrútenlo como yo lo disfruté

Palabras Clave: Historia menuda, leyendas, gentilicio, tradiciones.

LITTLE STORY. VARIOUS LEGENDS HOUSED BY THE VENEZUELAN GENTILÍCIO

Abstract

Do not think that I have forgotten to share with all of you these stories full of culture of the time that recreate places and colorful characters with authentic veracity, then I present a series of documents that fill the knowledge society with curiosity with the manifestation of the Venezuelan people. In this small story full of stories and urban and small-town legends, you will find events full of emotion that at the time made more than one happy and that continue to recreate the reader with the transformation of Venezuelan culture. Enjoy it like I enjoyed it.

Keywords: Little story, legends, name, traditions.

Introducción

“Vivimos el día de hoy, mañana no sabemos, hoy es excelente” (Momentos de mi pueblo, 2023). Mirando por el retrovisor avisoro historia y cultura en el camino transitado donde he “investigado y escrudiñado” para divulgar enseñanzas y aprendizaje.

Estar con gente que ama y quiere el saber cultural, me inspira a cultivar el deseo por el conocimiento, investigación histórica y fenómenos diversos que forman parte del patrimonio de Venezuela.

Historia Menuda XXI

Caracas se extendió a través de haciendas

Hubo momentos cuando el fértil valle de Caracas era empleado por los hacendados para la siembra de café, caña de azúcar, cacao, naranjas, piñas, duraznos, manzanos, moras, fresas, cerezas, membrillos, maíz, mangos, mamones, granadas, cotoperiz o cotoprices, como dicen algunos, peras de agua, pomarrosas, guayabos, nísperos, caimitos, semerucos, hicacos, higos, limones, lechosas, toronjas, guanábanas, anón, riñón, guayabita del Perú, aguacate, parcha granadina, entre otras frutas. Por cierto, el maestro Aldemaro Romero escribió un extraordinario ensayo acerca de los aspectos musicales del centro del país y de las frutas que se cosechaban en Caracas, señalando de paso las composiciones musicales que le dedicaban a muchas de ellas.

Ese trabajo lo redactó este recordado maestro con motivo del cuatricentenario de la ciudad. Se nos escapa decirles, de acuerdo a lo recogido en viejas páginas redactadas por historiadores y cronistas, que en Chacao, al lado de los excelentes mangos, también se llegó a cosechar un arroz, sin gusanitos, de muy buena calidad. En la capital de la república abundaban las matas de guayabos, una de las frutas preferidas de Simón Bolívar, tal como lo señala Gabriel García Márquez en su novela El General en su Laberinto, fruta que le colocaba su mayordomo Juan José Palacios en sitios estratégicos. En los terrenos que ocupó la otrora bien diseñada y cuidada urbanización El Conde, propiedad del Conde de San Xavier, inició el inmigrante canario Juan de Ponte o Aponte, la siembra de árboles frutales trasladados directamente desde España.

Cuando recordábamos el trabajo del maestro Aldemaro Romero, nos viene a la memoria algunas de las piezas que él recogió como homenaje a nuestras frutas, entre ellas, posiblemente se encuentre, dado que no tenemos el escrito en nuestras manos, y lo hacemos de acuerdo a lo que nos dicta nuestra memoria de lo leído hace años, una dedicada al mango, que dice así: “El manguito de hilacha/ el manguito e´ bocao/ me lo como con concha/ me lo como pelao?”. Para la guayaba, sin bichitos que se mueven en su interior, tenemos lo de: “Una guayaba madura/ le dijo a la que era verde /el que nace en tierra ajena/ hasta la semilla pierde?”.

Para esa olorosa fruta también tenemos aquello de: “Por andar agachadito/ mira lo que me encontré/ una guayaba madura/ picada de cristofué?”. A la simpar naranja el creador popular le compuso aquello de: “Naranja china, limón francés/ no quiero nada con holandés. Naranja china, limón pintón/ jarrete sucio, justán zancón?”. Para la pequeña guayabita del Perú, tenemos aquello de: “En el patio de mi casa/ hay guayabitas del Perú/ que cuando voy a comérmelas, que cuando voy a comérmelas/ me hace el estómago turututú?”.

Todas esas exquisitas frutas ya nombradas, la familia caraqueña las saboreaban al ser cosechadas en los dominios de haciendas, hoy modernas urbanizaciones, como San Felipe, La Floresta, Blandín, Sans Soucí, Duarte, La Carlota, Los Ruices, La Trinidad, La Urbina, Ibarra, sede de la ciudad universitaria, La Yerbera, El Paraíso, La Paz, Loira, La Vega, Montalbán, Vista Alegre, Casalta. No olvidar que en los fundos, sembrados de café, situados en los dominios de Chacao, que poseían los reverendos Mohedano y Sojo y Blandín, se plantaron las primeras matas de café en el valle de Caracas y en la casona de uno de ellos, con buena música, se tomó, lo que el historiador Aristides Rojas describe en una de sus crónicas, como la primera taza de café que saborearon los caraqueños. Los músicos que se trasladaron hasta el lugar donde se sirvió y saboreó el primer el café tinto, formaban parte de los que se cubrieron bajo la sombra protectora del Padre Sojo, sistematizador, al lado de

Juan Manuel Olivares, de las enseñanzas musicales en la Caracas colonial.

Se hacen invisibles

Por los lados del estado Falcón, con su capital Coro, ciudad patrimonial, con sus médanos, cardones, tunas y manadas de chivos, al lado de su excelente alfarería, se mueven, así nos lo informa el cronista, historiador, escritor e investigador de nuestras tradiciones y costumbres Luis Arturo Domínguez, unos extraños personajes, conocidos con el nombre de ceretones, quienes, después de hacerse cerrar o tratar por un veterano brujo, se transforman en profundos conocedores de los secretos del más allá y de más nunca, como diría un viejo amigo de Barlovento, donde se consiguen los que a través de ensalmos pueden hacer estallar una guaratara.

A estos ceretones falconianos se les considera como profundos conocedores de la oración de San Cipriano, preparación de amuletos y de cómo utilizar los poderosos huesos de cegué. Para mayor información, les diremos que el cegué es un pájaro que se mueve en horas nocturnas y para ser atrapado, dicen los veteranos en estos asuntos, se debe emplear un latiguillo y enredarlo por la cabeza y las patas. Se nos escapaba decirles que el latiguillo en cuestión, debe ser preparado por un conocedor de todas esas cosas que encierra el mundo mágico de nuestro país. El ave en cuestión al ser atrapada, debe enterrarse viva al pie de un árbol y luego sacar los

huesos a los ocho días y, al tenerlo entre sus manos, así se lo contaron a Luis Arturo Domínguez, el ceretón debe colocarse frente a un espejo.

El complicado asunto no se queda allí, en mirarse en el espejo, el cual no debe estar quebrado, sino que debe llevarse a la boca los huesos del cegué, apretarlos con los dientes incisivos, hasta alcanzar que su imagen desaparezca del espejo, con lo cual logra el control del mundo de los secretos, lo que le permitirá pasar con toda tranquilidad, después de la operación señalada, por el medio de una sala llena de personas conocidas y no ser visto. Puede, de acuerdo a las investigaciones cumplidas por Luis Arturo Domínguez, entrar a una casa y hacer diabluras, lanzar piedras a larga distancia y raptar a las muchachas de las que se enamore.

Entrando a los dominios del cegué, se sabe que es un pájaro insectívoro, de vida nocturna y poseedor de un canto melancólico, de esos que producen levantamiento de los pelos de quien lo escucha. En algunas regiones de Venezuela al cegué se le identifica con el aguaitacamino o tapacamino, que al ser localizado por algún caminante en medio de un sendero, debe santiguarse y decir la primera oración que se acuerde, ello porque esta ave es signo de mal agüero, de pava, de la conocida como macha, de esa que no la tumba baños de cariaquito morado combinado con otros potentes elementos como raíz de mato, leche de tigre, de cochina y de culebra coral viuda.

El pájaro cegué cuando ve que se acerca alguien por un camino, sale brincando e impide que éste siga su recorrido. Después de ver a un tapacamino a uno se les quitan las ganas de saborear gofio, majarete, conserva de leche de cabra, dulce de concha de patilla y de naranja, conservas de coco, bizcochitos de almidón, huevos chimbos, esas deliciosas granjerías para darle un gustazo al paladar y menos salir a buscar hallacas corianas, escabeche, arepas peladas, hervidos de pescado y de chivo en diversas formas, que el territorio falconiano gozan de una gran demanda por parte de sus habitantes y visitantes.

Históricos ño caraqueños

Así como en Caracas tienen ganados sus puestos en la historia de la ciudad Ña Telésfora y Ña Romualda, cocineras veteranas en la preparación de mondongos, los Ño, no se quedan rezagados, figurando entre ellos Ño Perico, Ño Miguelacho, Ño Pastor y Ño Morián, los que se proyectan al colocarles sus populares nombres a esquinas de Caracas, aspecto este de la ciudad estudiado con lujo de detalles por Doña Carmen Clemente Travieso.

Comenzaremos con Ño Perico, esquina muy cercana a la Iglesia Corazón de Jesús, la cual debe su nombre a un pulpero por allí radicado que todo el mundo conocía como Ño Perico. Siguiendo con este curioso tema, nos tropezamos con Pastor Gutiérrez, inmigrante canario, quien se dedicaba al cultivo de hortalizas por los lados de la hacienda El Conde, a

quien sus clientes y amigos llamaban cariñosamente Ño Pastor, mientras que el comerciante Miguel Rodríguez se convirtió en Ño Miguelacho, dueño de una bien surtida pulpería en los espacios de la parroquia Candelaria, muy popular entre niños y adultos por las sabrosas ñapas que obsequiaba después de cada compra. Se corrió el rumor que Ño Miguelacho llegó a simpatizar, en los años de la gesta independentista, con los realistas, cuestión esta totalmente falsa.

Los cronistas de nuestra ciudad, entre ellos la destacada periodista Carmen Clemente Travieso, nos relatan en lo que a la acusación contra Ño Miguelacho se trata, que cuando lo iban a sacar de su residencia para llevarlo a prisión a nombre de la república, la muchachada caraqueña se situó alrededor de la pulpería, iniciando una manifestación donde solo se escuchaba una consigna que decía: ¡Queremos a Miguelacho! ¡Queremos a Miguelacho! ¡Queremos a Miguelacho! Al ver aquel alboroto, a los encargados de hacer preso al conocido pulpero, no les quedó otro recurso que dejarlo quieto y que siguiera atendiendo su negocio y repartiendo sus bien nutridas ñapas, las que después de ese trago amargo, se hicieron más abundantes. Miguel Rodríguez, mejor conocido como Ño Miguelacho, pasó, como los antes nombrados, a formar parte de la historia de Caracas.

Cuando recordábamos a Ño Perico, nos llegaron a la memoria aquello de... “Yo no me

explico/ como el perico / teniendo un hueco debajo del pico, pueda comer / no puede ser / cómo el perico / teniendo un hueco debajo del pico, pueda comer/ no puede ser?”.

También vino a mí memoria aquel señor que en mercados o plazas comerciaba con lo que se denominó el Periquito de la Suerte. El mencionado señor cargaba una jaula con un periquito y dentro de la jaula una especie de gavetero donde había cualquier cantidad de tarjetas que supuestamente adivinaban el futuro inmediato. Al cancelar, no recuerdo cuánto, el periquito amaestrado, tomaba una tarjeta con su piquito y casi que te la entregaba en la mano para que tú leyeras lo que el destino te tenía reservado para ese día. Una especie pues, de sutil estafa. Inolvidable lo del periquete, que no es otra cosa sino algo muy parecido a las regorgallas, es decir, adornos de muy mal gusto. En el escenario del periodismo humorístico, en los voceros Caricaturas y Fantoques, el conocido caricaturista Pako Betancourt, usó el seudónimo Perico a Monroy para firmar la sección Periqueandito.

De trilla de café a Palacio de Miraflores

En las documentadas páginas redactadas por historiadores y cronistas dedicadas a divulgar la historia de la ciudad de Caracas, entre ellos Enrique Bernardo Núñez, Guillermo Meneses, Mario Briceño Iragorry, Carlos Eduardo “Caremis” Misle, Guillermo José Schael y Graciela Schael Martínez, entre otros, encontramos datos acerca de la

edificación de Miraflores, bautizado por Rómulo Betancourt como cascarón crespero, ello porque sería el caudillo Joaquín Crespo el encargado de hacer la negociación para adquirir el terreno donde se levantaría lo que todos conocemos hoy como palacio de Miraflores y que él, Crespo, edificó para vivir allí con su amada esposa misia Jacinta Parejo de Crespo.

Se dice que para el general Joaquín Crespo, quien gobernó a Venezuela en dos ocasiones, 1884 a 1886 y luego entre 1894 a 1898, recibiendo del Congreso el título de héroe del deber cumplido, no existió otro amor sino el de Misia Jacinta. El ejercicio del poder le permitió a Joaquín Crespo convertirse en uno de los hombres más rico del país en el espacio que le tocó vivir durante el siglo XIX, fortuna que supo administrar Misia Jacinta, hija de la población de Parapara de Ortiz, villa donde nació el 16 de agosto de 1845.

Con la ayuda de Graciela Schael Martínez, periodista, cronista, historiadora, autora de valiosas obras sobre la historia de Caracas, sabemos que Miraflores se edificará en los terrenos que ocupaba una conocida trilla de café, considerada para la época como la mejor del país y donde se descerezaba el café que llegaba desde las haciendas situadas en la serranía de Galipán, amén de otros lugares de Caracas, Petare y Los Teques. Nos informa la autora ya citada, que en la trilla existían corrales y caballerizas para alojar a las bestias que hacían el transporte del aromático grano. También

existía espacio para una vaquera, atendida por inmigrantes de las Islas Canarias, quienes todas las mañanas y tardes, salían con sus nobles vacas por las principales calles de la ciudad, a repartirles la leche a sus clientes.

La ya indicada posesión de la trilla, nombrada por Graciela Schael Martínez, tuvo varios propietarios y fue comprada por Joaquín Crespo, quien de soldado raso llegó a general y a regir los destinos del país, por la cantidad de 37.000 bolívares y, llegando a invertir en su edificación, eso se ha dicho, más de ocho millones de bolívares. La construcción se va a iniciar bajo la mirada del ingeniero Conde Orsi de Montbello, mientras que los planos fueron confeccionados en Barcelona, España, réplica de la residencia de un acaudalado español con quien hizo amistad el general Crespo. La obra, dada las circunstancias políticas de la época, el general Joaquín Crespo había sido lanzado al exilio, fue paralizada. A su regreso los trabajos que habían sido detenidos, continuaron, no ya bajo la responsabilidad de Montbello, sino del arquitecto Juan Bautista Sales, profesional que se rodeo de una serie de obreros, tallistas, escultores, decoradores y maestros de obra, todos catalanes.

El general, héroe del deber cumplido, Joaquín Crespo, no llegó a vivir en su lujosa casona. La muerte lo sorprendió cuando recibió un certero balazo en el sitio conocido como Mata Carmelera, estado Guárico, hacia donde se había dirigido a combatir al también caudillo José Manuel “El

Mocho” Hernández, alzado en armas por defender el triunfo que había conquistado en elecciones, imponiendo el gobierno a Ignacio Andrade. La residencia que si habitó Crespo en Caracas, al lado de su familia, fue Villa Santa Inés, desde donde también despachaba como presidente de la nación. Misia Jacinta, ya viuda, negoció esa hermosa residencia, imitación de las villas de Europa, de bellos y bien cuidados jardines, con los administradores del Gran Ferrocarril de Venezuela, instalando en ella sus oficinas.

El año de 1970, Villa Santa Inés fue declarada monumento histórico de la nación. Misia Jacinta, habitó Miraflores, sin la compañía de su esposo, casona que alquilaría al general Cipriano Castro el año de 1900 después del terremoto del mes de octubre, por la cantidad de 2.000 bolívares mensuales, cantidad que muchas veces no llegó a cancelar el inquilino, viéndose Misia Jacinta, así se lee en la obra “Los días de Cipriano Castro”, del humanista Mariano Picón Salas, tener que acudir a los tribunales para cobrarle 150 mil bolívares por ocho años de arrendamiento del Palacio de Miraflores, que según el libelo, no fueron cancelados. Este reclamo lo hace la viuda de Crespo cuando ya Cipriano Castro no está en el poder, había sido derrocado, mediante un golpe frío por su compadre Juan Vicente Gómez, quien se encargará de controlar al país, especie de gran hacienda, desde 1908 hasta su muerte en Maracay el 17 de diciembre de 1935. A Juan Vicente Gómez no le agradaba

Miraflores. Cuando tenía que ir a Caracas, se quedaba en una casa situada cerca del palacio. En 1911 el gobierno nacional, presidido por el dictador Juan Vicente Gómez, adquiere Miraflores, pagándole al famoso gallero caraqueño Félix Galvís, la suma de 500.000 bolívares.

El primer presidente que despachó desde Miraflores fue Cipriano Castro, quien alquiló dicha mansión a la viuda Misia Jacinta Parejo de Crespo, después del susto que recibió cuando el terremoto de octubre de 1900. Se empeñó con esa mansión porque tenía conocimiento que la misma tenía una habitación antisísmica. Recordemos que Cipriano Castro saltó desde uno de los balcones de la Casa Amarilla, para la época despacho presidencial y de esa caída, se fracturó una pierna. El cronista caraqueño, Carlos Eduardo Misle “Caremis”, con su humor característico, decía que Cipriano Castro no sufrió mayores daños porque cayó sobre uno de los coches halado por caballos que estaba estacionado debajo del balcón (JMS/HZO).

Historia Menuda XXII

La primera arma de Simón Bolívar

José Luis Salcedo Bastardo, historiador, académico, escritor, diplomático, en uno de sus bien documentados análisis sobre nuestro proceso histórico y político, al hacer referencia a la importancia que Simón Bolívar le dio a la opinión pública, nos refiere lo siguiente: “No se equivocó el Libertador considerando al periódico, como lo hizo

siempre un excepcional vehículo para la educación de las masas, suerte de tribuna portátil para la difusión de las nuevas ideas... “la imprenta fue siempre la primera arma de Simón Bolívar. A la prensa la consideró tan útil como los pertrechos”.

En otra arte de su investigación el historiador arriba citado, plasma: “Bolívar actuó personalmente más de una vez, como periodista; escribió artículos y notas para la prensa. Hizo en varias oportunidades muy sagaces y atinadas recomendaciones para que los periódicos llenaran mejor su cometido. Insistía sobre la forma y estilo convenientes. La pasión para escribir para la prensa, como revela el humanista Roberto Lovera De Sola, no la abandonó nunca Simón Bolívar.

En el campo del periodismo la gran obra de Simón Bolívar fue hacer realidad la aparición del Correo del Orinoco, vocero creado para difundir las ideas emancipadoras a lo largo y ancho del continente americano y más allá de él. El primer número de este histórico vehículo de comunicación, el cual llegó a publicarse en castellano, inglés y francés, con cinco ediciones extraordinarias, saldrá a la luz pública el día sábado 27 de junio de 1818, en la ciudad de Angostura, hoy Ciudad Bolívar, en la casa No. 83 de la calle La Muralla, siendo sus redactores principales Francisco Antonio Zea, Juan Germán Roscio, Manuel Palacio Fajardo, José Rafael Revenga, José Luis Ramos entre otras figuras de la intelectualidad al servicio de la Gesta Magna. Su editor fue el británico Andrés Roderick, quien

permaneció en Angostura desde 1817 hasta finales del año 1821.

Allí se encontraban mentes luminosas

El 2 de marzo de 1811, encontrándose presentes treinta (30) diputados, se instala el Congreso Constituyente de Venezuela, iniciando sus deliberaciones en la residencia del Conde de San Javier, en la hoy esquina de El Conde, en la ciudad de Caracas. El primer poder ejecutivo nombrado por el Congreso Constituyente, estuvo formado por tres (3) ilustres patricios, Cristóbal Mendoza, Juan Escalona y Baltasar Padrón, los cuales acordaron turnarse en el ejercicio de la presidencia cada semana y, para suplir cualquier falta de los antes nombrados, se seleccionaron a Manuel Moreno de Mendoza, Mauricio Ayala y Andrés Narvarte. Con relación a esta escogencia realizada por el Congreso Constituyente para formar el poder ejecutivo, el historiador José Gil Fortoul, señala que:

El carácter de las personas escogidas para componer el ejecutivo demuestra la preocupación del Congreso de darle al gobierno un aspecto de austeridad y prestigio moral, más propio de tiempos pacíficos y de pueblos habituados al régimen democrático, que no de aquella época de incertidumbre y de aquella colonia acostumbrada a obedecer al capricho de gobernadores o atrabiliarios o despóticos o nulos.

El acta de la independencia de Venezuela, redactada, según decisión del Congreso Constituyente en reunión del 5 de Julio de 1811, cuando se declara la misma, por Juan Germán

Roscio y Francisco Isnardi, fue aprobada en sesión del 7 de julio del mismo año, donde firmaron, según el historiador Arístides Rojas, cuarenta y dos (42) de los cuarenta y cuatro (44) diputados que para la fecha tenía el Constituyente.

Según el académico, historiador y escritor Parra Pérez, en el Congreso Constituyente de 1811, se encontraban los hombres más notables de Venezuela y para demostrarlo no tendríamos más sino nombrar a: Cristóbal Mendoza, jurista de meritoria carrera; Martín Tovar Ponte, hombre de ideas y de gran entereza; Fernando Peñalver, enérgico y probo; Antonio Nicolás Briceño, alma de jacobino, apasionado, hombre de motín y de gobierno; Francisco Javier Ustariz, literato elegante de viva inteligencia y cultura científica; Francisco Javier Yanes, demócrata sincero lleno de teorías y sistemas; Juan Germán Roscio, jurisconsulto y canonista sabio y ponderado.

A esta lista, llena de nombres de hombres de inteligencias bien formadas, el escritor Manuel Vicente Magallanes señala otros nombres, como Manuel Palacio Fajardo, literato, político y hábil diplomático; José Ángel de Álamo, médico, revolucionario y perspicaz político; Francisco de Miranda, abnegado revolucionario que se adelantó a la historia política de nuestro país. Los reverendos Manuel Ignacio Méndez, por Guasualito, de carácter violento y rencilloso y Manuel Vicente Maya, por La Grita, serían, estos dos últimos, de

acuerdo al autor arriba nombrado, los únicos que se opondrán a la declaración de independencia.

Asimismo en el seno del Congreso Constituyente se encontrarán Francisco, Fernando y Juan Rodríguez del Toro, representantes cultos del mantuanismo caraqueño; Manuel Plácido Maneiro, quien suscribe la independencia a nombre de Margarita Palacio, el mismo que dirá: “Venezuela se basta asimismo, Venezuela triunfará de cuantos se opongán a su felicidad”.

Alma llanera se popularizó como segundo himno

La letra del Alma Llanera es del escritor aragüeño Rafael Bolívar Coronado, hijo de Villa de Cura, lugar donde nació el 6 de junio de 1884 y va a morir en un hospital de Barcelona, España, el 31 de enero de 1924. Durante su existencia Bolívar Coronado se desempeñó como soldado, oficinista, maestro, marinero, peón de hatos, periodista y escritor. Sus biógrafos nos dicen que durante su jornada como escritor empleó más de cien seudónimos, utilizados para firmar sus obras. Algunos investigadores señalan que la cantidad de seudónimos supera los seiscientos (600).

Fue colaborador de publicaciones como El Nuevo Diario, El Cojo Ilustrado, El Universal, El Tiempo, y El Luchador, de Ciudad Bolívar, y, encontrándose en España, colaboró en periódicos y revistas, entre ellos el diario El Diluvio de Barcelona y la revista Cervantes de Madrid,

llegando a escribir, como lo revela Vinicio Romero Martínez, en *Qué Celebramos Hoy*, hasta quince (15) artículos diarios, destinados en su mayoría a combatir la dictadura de Juan Vicente Gómez. Su más conocida obra, *Alma Llanera* fue estrenada como zarzuela en un cuadro el 19 de septiembre de 1914, en el teatro Caracas, por la compañía española de Matilde Rueda, donde participaron los humoristas caraqueños Jesús Izquierdo y Rafael Guinand. El Teatro Caracas fue inaugurado en 1854 y estuvo situado entre las esquinas de Veroes a Ibarra, siendo destruido por un incendio en 1919.

Con relación al estreno de tan popular pieza musical, Carlos Eduardo Misle “Caremis”, en su estudio *Alma Llanera Himno Popular de Venezuela*, señala:

El joropo *Alma Llanera*, raíz substancial y fruto perdurable de la zarzuela de ese nombre, sacudió a Venezuela desde el momento mismo de su estreno, cuando se abrió como una inmensa, indescriptible flor musical en el escenario del teatro Caracas... Desde entonces, rotundo, hermoso, tan vibrante, el más conocido de los joropos, comenzó a encumbrarse como indiscutible símbolo musical del país, hasta llegar a su popularidad sin fronteras, a su universalidad tan evidente como resonante.

La música de *Alma Llanera* es del maestro Pedro Elías Gutiérrez, quien que vio la luz en el puerto de La Guaira el 14 de marzo de 1870, comenzando, siendo muy joven, sus estudios musicales, convirtiéndose con el correr de los años

en un conocido y popular músico, tanto en Caracas como en el resto del país. Es autor de famosos valeses, entre ellos *Laura*, *Celajes*, *Emilia*, *Frase Galante*, *Luna de Miel*, *Vico*, *Julián*, *Cadencias*, *Caricias*, *Lazo de Amor* y *Geranio*. Dejó también algunos pasodobles, muy oídos en su época, entre ellos *Nuevo Circo*, *Tito*, *Marisela*, *Amador*, *Gualda* y *Rojo*. Asimismo el maestro Pedro Elías Gutiérrez se paseó por los espacios del tango, siendo muy conocidos *Ondas del Chama*, *Laura* y *Antonietta*. Este ilustre músico llegó a dominar, como lo refiere el musicólogo Daniel Bendahan en *Siete Músicos Venezolanos*, la zarzuela, misas, himnos, marchas, joropos, piezas bailables. Se desempeñó como director de la Banda Marcial de Caracas por espacio

Me arrulló la viva diana
De la brisa en el palmar
Y por eso tengo el alma
Como el alma primorosa
Del cristal, del cristal.

de cuarenta (40) años, ofreciendo conciertos en la plaza Bolívar, los cuales finalizaban refiere *Caremis*, desde 1914, con el joropo *Alma Llanera*, en la hermosa plaza dedicada al Libertador, obra realizada por la administración de Antonio Guzmán Blanco. Este afamado compositor, quien desde 1903 hasta 1946 estuvo al frente de la ya nombrada Banda Marcial, va a fallecer en el balneario Macuto el 31 de mayo de 1954.

Famosos repartidores

Destacados cronistas, historiadores y ensayistas, en sus amenos escritos, muchos de ellos salpicados de humorismo, nos retratan de cuerpo entero a conocidos trabajadores que se encargaban de repartir la ropa lavada y planchada, de distribuir leche y pan, entre otros recordados personajes de una Caracas que, desde hace años se desdibujó, como los parihueleros, los que transportaban agua en barriles sobre nobles asnos y los que repartían carbón y leña. En esta nota nos iremos hacia los dominios de los que lavaban ropa, los lecheros y panaderos. La ropa limpia la entregaban los chinos, quienes montaron las primeras lavanderías en Caracas. Escribe Graciela Schael Martínez en *Anécdotas y Leyendas de la Vieja Caracas*, que los primeros chinos que llegan a Caracas lo hacen el año de 1892, cuando la presidencia de Venezuela la desempeñaba el caudillo Joaquín Crespo, el hombre del deber cumplido, título que le otorgo el congreso guzmancista. El primer chino en llegar a la capital lo hizo directamente desde la isla de Cuba, donde, según notas revisadas por quien escribe, se había nacionalizado, tomando el nombre de José Peña, quien inicia sus labores en una tabaquería que había instalado entre las esquinas de Torres a Madrices, invitando, después de algún tiempo, a otros chinos, con los que montó una lavandería, la primera lavandería atendidas por chinos conocida por los caraqueños, situada entre Angelitos y Quebrado. En ese establecimiento, así como los que luego fueron apareciendo, los mismos chinos, quienes trabajaban

hasta el día viernes de cada semana, recolectando la ropa, lavándola ese día, entregándosela a sus clientes los sábados y domingos.

Estos esforzados trabajadores asiáticos, se esmeraban en lavar camisas y cuellos de hombres, por lo que cobraban la cantidad de real y cuartillo. Eran ciudadanos sin vicios, ellos mismos preparaban sus alimentos, de sanas costumbres y muy laboriosos. Para la recolección y reparto de la ropa, empleaban unas grandes cestas que llevaban atadas a las espaldas y con unos sombreros metidos hasta los ojos. Por cierto, cuando algún cliente les rogaba que le dejara la ropa fiada, que él le pagaría la semana siguiente, el chinito, con su característica manera de hablar el español omitiendo las erres, se limitaba decirle: “Si no hay leal no hay lopa” y, sin mirar hacia atrás seguía su camino.

Muy queridos y respetados en toda Caracas, fueron los repartidores de pan, quienes en sus barriles, colocados a cada lado de nobles mulas, con el distintivo de la panadería para la cual trabajaban, llevaban los panes que más les agradaban a la familia que los adquirirían, entre ellos el de piquito, el francés, el isleño y las sabrosas tunjas. El panadero iba de casa en casa, identificándose, después de tocar, como: ¡El panadero, señora! El famoso pan isleño, aderezado con anís, se horneaba en la panadería Sarría, propiedad de doña Dominga de Llanos, nativa de las Islas Canarias, de Santa Cruz de Tenerife, emparentada con Eleuterio Dorta Hernández, padre de este escritor, ella, Dominga,

cuando la visitábamos me obsequiaba panes recién salidos del horno y algunos dulces, los cuales degustaba con chocolate o café con leche en la residencia de una hermana de mi padre, Dominga Dorta de Ramírez, residenciada muy cerca de la panificadora. Recuerdo también que el esposo de la tía Dominga Dorta, Juan Ramírez, se desempeñó, empujando un carrito, como repartidor de los buscados panes isleños.

Les dejaremos una breve pincelada sobre el distribuidor de pan, trazada por la historiadora Graciela Schael Martínez en su libro, *En el Vivir de la Ciudad*:

El panadero, cuya estampa—jinete en bien o mal nutrido asno o mula—a veces peatón, abrumado por el peso de repleta cesta, se hizo familiar en la Caracas de antaño, tuvo a su cargo abastecer no solo a las casas de familia del vecindario, sino también las entonces llamadas bodegas o pulperías, las pensiones y hoteles. Dos veces al día, casi al amanecer, y por las tardes, hacía su aparición, recorriendo la ciudad de calles empedradas y polvorientas. Anunciaba su presencia dando la voz de ¡Panadero, pan!, al mismo tiempo que golpeaba la tapa metálica de los ventrudos serones que lo contenían.

Hubo instantes en Caracas cuando el lechero, salía con sus respectiva vaca por las calles de la pequeña urbe, parando su noble animal al frente de la casa donde solicitaban la leche, y allí mismo, entonando alguna copla, con la cual homenajaban a la muchacha de llamado servicio de adentro, que se acercaba, portando una bien cuidada escudilla,

para que el lechero ordeñara los litros correspondientes. La vaca lechera pertenecía a trabajadores canarios, que así les decían a los inmigrantes que habían llegado desde las Islas Canarias, en su mayoría trabajadores de las haciendas situadas en los alrededores caraqueños.

Hacia la apartada zona de Sabana Grande, donde en los días de Juan Vicente Gómez gozó de fama el yerbatero y tocayo de nombre no de profesión, Jesús María Negrín, se encontraban las mejores vaqueras. El académico García de la Concha, en sus *Reminiscencias. Vida y Costumbres de la Vieja Caracas*, hace referencia también al consumo de leche de cabra, así como los lugares donde las criaban y ordeñaban, señalando también que en los corrales de algunas residencias se mantenían vacas lecheras. Con el correr del tiempo estos trabajadores comenzaron a dejar las vacas en sus pesebres y la leche la trasladaban en cántaros, empleando para ello a mansas mulas, a las cuales le colocaban los envases a cada lado de la enjalma. Una estampa relacionada con los repartidores de pan y de leche, cuando ya la leche era envasada, la constituyó el robo que hacían los patinadores madrugadores en fechas decembrinas en los espacios de Los Caobos y la avenida La Paz, del pan y la leche que los distribuidores dejaban en las puertas de las casas (JMS/HZO).

Historia Menuda XXIII

No era un yerbatero cualquiera

Muy conocidos son los yerbateros en la mayoría de nuestros pueblos, caseríos, aldeas y ciudades de nuestro país. Ellos, personas muy respetadas en los lugares donde habitan, de acuerdo a la tradición popular, conocen, eso se dice, las propiedades curativas de plantas, raíces, tallos y hojas, elementos que combinan con el dominio que poseen sobre una serie de oraciones y ensalmos o ensalmes, las cuales contribuyen, al lado de los bebedizos por ellos elaborados, a la curación de ciertos padecimientos. En ese amplio universo de las plantas medicinales y sus efectos curativos se movió Gerónimo Pompa, padre del poeta guatireño Elías Calixto Pompa, redactando el tratado Medicamentos Indígenas y sus Aplicaciones, trabajo que ameritó una larga investigación sobre la materia. Al lado del tratado ya señalado, Gerónimo Pompa escribió poesía, teatro e hizo traducciones del francés al español. Sin los méritos de Gerónimo Pompa, se movió también en el terreno de las hierbas, el brujo Leandro Crespo, padre del caudillo y presidente Joaquín Crespo. Leandro Crespo, mejor conocido en su época como Ño Leandro, creador de la llamada tacamahaca o tacamajaca, algo así como un preparado insuperable para combatir cualquier malestar, así se decía, elaborado con la resina del árbol conocido como tacamahaco. Y si de yerbateros se trata, como el caso de Leandro Crespo, conocido en años del siglo XIX, en los del siglo XX se desarrolló con gran éxito Jesús María Negrín, establecido en la rural, tiempo pasado,

Sabana Grande, donde montó su consultorio, visitado por muchas personas de Caracas y otros puntos del país. Fue tal su popularidad que una empresa autobusera destinó una unidad para trasladar personas de Caracas hasta las puertas de la residencia- consultorio del famoso curandero y hasta una calle del sector La Forida de Caracas lleva su nombre: Calle Negrín.

En la búsqueda de datos biográficos del tocayo Jesús María Negrín, nos encontramos con el libro Reminiscencias. Vida y Costumbres de la Vieja Caracas, escrito por el historiador José García de la Concha, donde nos dice que Jesús María Negrín aprendió con un botánico alemán a curar las enfermedades de los caraqueños. El futuro yerbatero, así se refiere nuestro informante arriba señalado, vivía, al lado de su madre y un hermano de nombre Rufino, en un lugar conocido como La Cañada, cerca de la hacienda Duarte, situada entre Petare y Dos Caminos, propiedad del señor Domingo Álvarez, donde los dos hermanos ayudaban en las tareas de la recolección de tomates y otros frutos. Cuenta García de la Concha que un día, sin señalar mes y año, se hizo presente en la posesión de Don Domingo Álvarez un profesor alemán, especializado en botánica de un instituto de Berlín, quien venía con la misión de localizar plantas para sus estudios y traía consigo un cargamento de sacos con vituallas e instrumentos. Don Domingo le dio alojamiento en su hogar al cansado viajero, el cual tenía como una de sus metas

ascender al pico de Naiguatá, lo cual cumplió en compañía de dos jóvenes, un hijo de Don Domingo Álvarez y otro joven llamado Jesús María Negrín, personaje de esta entrega.

En esa ascensión al pico Naiguatá, los muchachos, al regresar a la finca, lo hicieron emocionados por los conocimientos que habían obtenido de las observaciones hechas por el hombre de ciencia. Después de lo del pico de Naiguatá, Jesús María Negrín emprendería en compañía del sabio alemán, un largo recorrido que lo llevó a los dominios de los llanos, los Andes, el Orinoco, con el objetivo de localizar plantas y sus propiedades, cuestión ésta que era observado con mucho interés por el joven Jesús María Negrín.

Su mentor moriría de fiebre amarilla en Apure, así que Jesús María Negrín pierde a su maestro, a su protector, a su gran amigo, no quedándole otra salida que regresar a Caracas, lo cual hizo cargado de conocimientos sobre plantas medicinales, conocimientos éstos que aplicó para tratar padecimientos de muchas personas, entre ellas a Juancho Gómez, hermano del dictador, quien fuera presidente del estado Miranda, por recomendación que le hiciera el Dr. Márquez Bustillo, encargado de la Presidencia de la República.

En la obra ya citada de José García de la Concha, se señala que Jesús María Negrín viajó por África, Asia y Australia, donde profundizó en los

secretos de la botánica. Fueron tantos los conocimientos adquiridos por Jesús María Negrín, que en una oportunidad después de ser examinado por un calificado jurado, se le otorga el título de Herborista - Parasitólogo. Otra versión de este hecho nos dice que por presiones que hiciera el dictador Juan Vicente Gómez al rector de la universidad Albert Smith, a Jesús María Negrín se le otorgó, no el título de doctor, sino el diploma de Yerbatero - Parasitólogo, bajo la mirada atónita y el asombro de los dos representantes de la medicina mas espigados y esclarecidos en el país para la época, como lo eran los doctores Luis Razetti y José Gregorio Hernández, según lo señala Manuel Tallafarro al revisar las ediciones del Vicerrectorado Académico de nuestra principal casa de estudios superiores, e indicando además que, ese ha sido el único diploma de dicha especialidad otorgado por la universidad, el cual consta en el libro de acta. Toda esta deferencia con Jesús María Negrín se debió, relata Tallafarro, por haber preparado el conocido yerbatero un “menjurje” que curó de malestares a un familiar del tirano.

Eduardo Blanco modeló para Michelena

Ejerciendo la presidencia de Venezuela el caudillo y general Joaquín Crespo en 1896 se organizan en Caracas una serie de eventos con motivo de los ochenta (80) años del fallecimiento de Francisco de Miranda, encontrándose, entre lo programado, señalados por José Luis Guevara, tanto en suplemento publicado por la Galería de Arte

Nacional, en instituciones como el Ateneo, en las Academias de la Lengua y de la Historia, en el Liceo Pedagógico como en la universidad, la Apertura de Concurso Agro-Industrial, Traslado al Panteón Nacional de los próceres Montilla, Blanco y Peñalver e Inauguración de cenotafio de Miranda, conciertos en la Plazas Bolívar y Washington y una Exposición Antológica que reunió a figuras de las artes plásticas de las dimensiones de Martín Tovar y Tovar, Antonio Herrera Toro, Arturo Michelena, Emilio Mauri.

Para esa exposición Arturo Michelena exhibe su cuadro Miranda en La Carraca, pintado especialmente para esa ocasión y teniendo como modelo, al historiador Eduardo Blanco, autor del libro Venezuela Heroica, quien posó disciplinadamente. Los críticos de arte señalan que Arturo Michelena retrató al héroe pensativo, mientras reflexionaba en medio de su reclusión. En la nota ya citada, redactada por José Luis Guevara nos informa que la obra de Michelena, tuvo que ser exhibida en la Casa Amarilla y, dada la cantidad de personas que se acercaron a contemplarla hubo que extender una semana más su exhibición.

Eduardo Blanco, quien posa para Arturo Michelena, como ya hemos señalado, representando con su porte a Francisco de Miranda en el monumental cuadro Miranda en la Carraca, también lo hace para Antonio Herrera Toro, otro gran artista plástico, quien plasma la figura del escritor y académico en un estupendo óleo. Los biógrafos de

Eduardo Blanco señalan que él cumplió una dilatada labor como historiador, novelista, dramaturgo, político, militar, académico. Nació en Caracas el 25 de diciembre de 1838. Realiza sus estudios en el prestigioso colegio El Salvador del Mundo, fundado y dirigido por el polémico escritor Juan Vicente González. Se desempeñó, en el campo militar, como edecán del general José Antonio Páez. Su labor como escritor, al lado de su conocida obra Venezuela Heroica, prologada en la edición de 1881 por el prócer cubano José Martí, está representada en otros trabajos como Cuentos fantásticos, Una Noche en Ferrara o La Penitencia de los Teatinos, Zárate, Fauvette, Cuentos Fantásticos, José Félix Ribas, Las Noches del Panteón, Tradiciones Épicas y Cuentos Viejos. Eduardo Blanco colaboró en medios impresos como La Tertulia, Entrega Literaria, La Causa Nacional, El Cojo Ilustrado. Fue miembro fundador de las Academias Nacionales de la Historia y de la Lengua y se desempeñó como Ministro de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública.

Desempeñando el cargo en el Ministerio de Instrucción Pública, siendo presidente Cipriano Castro, firmó el decreto de cierre de las Universidades del Zulia y de Carabobo y de actividades en el Colegio Nacional de Guayana, medida considerada como el gran lunar del conocido intelectual y hombre público.

Tango con hervido de gallina

Las crónicas publicadas en periódicos y revistas de la época, así como la nota redactada por el cronista de La Guaira Luis Enrique González F y plasmada en su libro La Guayra. Dos siglos de Historia, nos informan que Carlos Gardel, cargado de éxitos, llegó a La Guaira en el vapor Lara, el día 25 de abril de 1935, siendo recibido por una extraordinaria multitud, abriéndose paso entre ella en compañía de Jesús Corao y Plácido Pisarello hasta alcanzar la sede del gran café La Estación, considerado en La Guaira como uno de los lugares de prestancia y donde los usuarios del tren inglés encontraban excelentes platos y bebidas de primera.

De este lujoso establecimiento, Carlos Gardel se dirigió al cómodo hotel Miramar, donde almorzó con sus acompañantes y los miembros de la empresa que lo había contratado. La comitiva que acompañaba al cantante, estaba formada por los guitarristas José María Aguilar, Domingo Riverol y Guillermo Barbieri y el compositor Alfredo Lepera. Del hotel Miramar Carlos Gardel se dirigió a las oficinas del Cable Francés, desde donde envió algunas comunicaciones, marchando luego a la cervecería Maiquetía, donde le ofrecieron un regio agasajo, de aquí marchó, en unión de sus acompañantes a la estación del ferrocarril inglés, desde donde se dirigió rumbo a Caracas. Para trasladar a Gardel hacia los lugares visitados en el Litoral Central, se contrataron los servicios del taxista Segundo Sicerini, a quien le abonaron la

extraordinaria suma de setenta y cinco bolívares y las felicitaciones correspondiente de Carlos Gardel.

Al recordar la entrada de Carlos Gardel al lujoso hotel Miramar, convertido en nuestros días en nido de murciélagos, nos viene a la memoria lo que escribiera el cronista Armador Clark sobre tan representativa construcción, levantada por la administración de Juan Vicente Gómez, entre los años de 1927 y 1928, a un costo de cinco millones de bolívares. Allí los huéspedes, encontraban, escribe nuestro informante, confortables y refinados sitios de descanso, piscina, cómodos salones, biblioteca, excelentes platos y bebidas, espacios para las prácticas deportivas. Por cierto, una de las actuaciones de Carlos Gardel, encontrándose en Venezuela, se efectuó en el teatro Lamas de La Guaira.

Al llegar a Caracas y descender del tren en la estación de Caño Amarillo, una enorme manifestación impidió que tomara el coche destinado para trasladarlo hasta el hotel Majestic, propiedad de Don Eloy Pérez, lo cual tuvo que hacer caminando al lado de sus admiradores. En el hotel Mayestic - derribado por una inmensa bola de hierro, para darle paso a lo que en nuestros días se conoce como el Centro Simón Bolívar, quitándole también terreno al histórico Teatro Municipal, bautizado al ser concluida su edificación con el nombre de Antonio Guzmán Blanco, señala el historiador Luis Enrique González F. en su obra antes citada - le tenían reservada una habitación al

cantante, cuya ventana daba hacia la plaza San Pablo. La multitud en la calle, dice el cronista, rodeaba el hotel y le ovacionaba, teniendo que salir Gardel a saludar a la muchedumbre... Las actuaciones de Carlos Gardel en Caracas, en el teatro Principal, constituyeron todo un éxito, siendo ovacionado, al dejar el teatro, recuerda Luis Enrique González, por más de quince mil personas.

De Caracas Carlos Gardel viaja a Maracay, hospedándose en el hotel Jardín, donde cumple una actuación con la asistencia del dictador Juan Vicente Gómez e invitados especiales, interpretando las composiciones El rosal, Criollita de mis Ensueños, Mi Buenos Aires Querido, Caminito, Tomo y Obligo, Cuesta Abajo, Pobre Gallo Bataraz. En el trabajo del cronista de La Guaira, se revela que la mano del tirano se extendió para entregarle al Morocho del Abasto, la suma de diez mil bolívares.

Ya para cerrar les dejaremos un interesante pasaje, rescatado por el poeta Pedro José Muñoz, en su libro La Noria de los Días, el cual trata de una invitación que le tendiera un humilde trabajador, residenciado en una sencilla casa situada en Hornos de Cal, a Carlos Gardel cuando éste se encontraba en Caracas, para que se acercara hasta su vivienda. El afamado artista aceptó la invitación y, un día domingo en la mañana llegó a la casucha, como lo dice el escritor Muñoz en una de sus crónicas recogida en el libro ya nombrado, donde fue atendido con la sencillez característica del obrero venezolano, sirviéndole, de acuerdo a sus recursos,

un succulento hervido de gallina, un lomo de cochino dorado, una sabrosa y fresca ensalada, pan fresco de la panadería Solís y las bebidas correspondientes.

Después de todas estas atenciones, recuerda el ensayista Pedro José Muñoz, que al finalizar el modesto banquete, Carlos Gardel interpretó, agradeciendo el gesto del anónimo caraqueño, algunos tangos. También se cuenta que encontrándose en Maracay, en el hotel Jardín, Gardel bailó con una de las hijas de Juan Vicente Gómez. Y digo yo, a lo mejor les tocó bailar... “Desde que se fue/ nunca más volvió / Caminito amigo / yo también me voy” (JMS/HZO).

Historia Menuda XXIV

Los pasajes caraqueños

Nuestros cronistas, entre ellos Guillermo José Schael, Carlos Eduardo Misle “Caremis, Aquiles Nazoa, Graciela Schael Martínez, Enrique Bernardo Núñez, Guillermo Meneses, Carmen Clemente Travieso, Alfredo Cortina, así como ensayistas y periodistas que han redactado notas sobre nuestra histórica ciudad capital, le han dedicado bien aliñadas páginas a edificaciones que han ido desapareciendo, como son por ejemplo los templos de San Felipe Neri y el de San Pablo, las residencias donde nacieron Francisco de Miranda y Andrés Bello, las mansiones de los condes de Tovar y de San Javier, la casa de Don Felipe de Llagunos, la sede del colegio Chávez, entre otras interesantes

construcciones, para darle paso a la arquitectura moderna.

De aquella ciudad, la de techos rojos, esa misma a la que le cantara Juan Antonio Pérez Bonalde, esa ciudad de amplias y acogedoras residencias, va quedando muy poco, casi nada, de ese pasado histórico, la acción de las maquinarias se llevaron añejas edificaciones que habían resistido terremotos y acciones de guerras intestinas. Una revisión a las obras escritas por los destacados intelectuales, historiadores y ensayistas ya nombrados nos recuerdan de cómo históricas construcciones, que nos decían de un pasado interesante, fueron derrumbadas por la acción de los tractores y las bolas de hierro, para darle paso a avenidas y rascacielos que servirían de sede de las muy cómodas oficinas públicas y privadas.

Muy pocas personas recuerdan los llamados pasajes, situados en lugares estratégicos de la urbe, muchos de ellos desaparecidos, pero que constituyeron parte importante del desarrollo económico y cultural de la ciudad. Quien escribe llegó a recorrer, en la década de los años cincuenta, en compañía de su progenitor Eleuterio Dorta Hernández, los dominios del histórico pasaje Linares, donde los que lo recorrían podían visitar pequeños locales comerciales, entre ellos uno donde funcionaban imprentas y ventas de plantas medicinales. El pasaje Linares era visitado por muchos compradores, entre ellos los que se dirigían al mercado San Jacinto y hacia su famosa playa,

espacio donde no faltaban las flores de Galipán, las carretas, burros, como se puede apreciar en fotografías de la época. Mi progenitor visitaba con cierta frecuencia, cuando viaja a Caracas, los dominios del pasaje Linares en la búsqueda de sombreros, camisas y zapatos, que allí se conseguían en una tienda especializada. Al finalizar el recorrido, nos dirigíamos al popular restaurante La Atarraya, donde degustábamos los platos allí preparados y saboreábamos unos deliciosos refrescos a base de frutas naturales. Desde aquellos años cincuenta, cuando acompañaba a mi padre y luego ya residenciado en Caracas en el hogar de una tía paterna por los lados de Sarría y luego en La Cañada de la Iglesia, no dejé de pasar, después de salir del salón de lectura de la Biblioteca Nacional y de la Academia de la Historia, por el Pasaje Linares, obra del empresario Juan Esteban Linares, en la búsqueda de los espacios de San Jacinto, Traposos, la Plaza Bolívar y los cines Rialto y El Principal.

Se me escapaba decirles que mi padre no dejaba, después que salía de sus entrevistas bancarias con Don Enrique Pérez Dupuy, dueño del Banco Venezolano de Crédito y con Don Vicente Lecuna, del Banco de Venezuela, de visitar la tienda de la familia Tudela, céntricamente situada, donde él conversaba con el dueño y adquiría algunas cosas.

Otro grato pasaje, situado en el corazón de la ciudad, es el pasaje Capitolio, con sus bien atendidos comercios, donde no faltaban una hilera de máquinas de escribir, usadas por unos señores

expertos en la redacción y copia de documentos. Muy cerca de allí se encontraba el pasaje La Bolsa, en la esquina del mismo nombre, con su farmacia, sus pequeños establecimientos comerciales y el bien atendido bar y restaurante Manhattan. Todo un acontecimiento constituyó, durante mi larga estadía en Caracas, usar las escaleras mecánicas, las primeras instaladas en la ciudad, del moderno pasaje Zingg. Fue la primera escalera mecánica que, no solamente vi sino que utilicé, muchacho al fin, como una diversión, dejándome un grato e imperecedero recuerdo imposible de borrar. Cerca de allí, mis recorridos por los dominios de la plaza aérea Diego Ibarra.

No tuve oportunidad de conocer otros pasajes caraqueños, como los nombrados por el ensayista Pedro Hernández Camacho, en trabajo publicado en la revista Línea de la Electricidad de Caracas, correspondiente al mes de enero de 1979, con excelente fotografía de Jaime Albáñez entre ellos el pasaje Ramella, obra de Lucas Ramella, situado en la esquina de Las Gradillas, el Junín, frente al célebre hotel Majestic, el Páez, construido en el edificio del mismo nombre, entre las esquinas de Madrices y Marrón y los existentes en la urbanización San Agustín del Sur.

Viajando en tren

El historiador Luis Cordero Velásquez en una de sus obras, La Venezuela del Viejo Ferrocarril, al recordar el significado del ferrocarril de Carenero,

nos informa que el mismo tuvo a lo largo de su recorrido setenta y dos puentes en un trayecto de cincuenta y cuatro kilómetros, llegando a enlazar a casi todo Barlovento desde el puerto de Carenero hasta el pueblo de El Guapo. Los primeros tramos de esta importante vía férrea fueron inaugurados el 25 de diciembre de 1885. El contrato fue suscrito en principio entre el estado venezolano y el señor Puig Ross, quien luego lo pasará a otras manos, como la Compañía Fluvial y Marítima Barlovento, así como a otras empresas y, por último, a la familia Crasus.

Siguiendo con nuestro informante, al lado de otros datos localizados en la Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas, en lo que a trenes se refiere, se sabe que el tren de Petare era una prolongación del tendido existente en Caracas, construido hasta Sabana Grande en 1862, extendiéndose hasta Petare a partir de 1886, con su bella estación de Santa Rosa, donde los usuarios, después de regresar de Petare, tomaban el tranvía con destino a Caracas. Por cierto, Petare siendo capital del estado Miranda, fue centro de inspiración donde el músico Ángel María Landaeta compuso y estrenó su valse Adiós, a Ocumare, con el cual se despedía de Petare al ser trasladada la capital a Ocumare del Tuy. Será en esta ciudad tuyera, convertida en capital, donde el poeta Jacinto Añez escribe su famosa composición homenaje a Francisco de Miranda, convertida en Himno del Estado, con música del maestro Jermán Ubaldo Lira. Cuando corría el año de 1888, Petare se une a

través de la línea férrea con El Encantado, lugar donde el ingeniero Ricardo Zuloaga, utilizando caída de agua del río Guaire, instaló una planta de energía eléctrica y, ya para 1890, los rieles iban de El Encantado hasta La Lira. Esta línea ferrocarrilera, señala Cordero Velásquez, al salir de Caracas cumplía con el siguiente recorrido, Sabana Grande, Chacao, La Urbina, Petare, para en su trayecto tocar La Lira, La Envidia, Los Mangos, Arenaza, Pichao, Boca de Siquire, Santa Lucía, Santa Teresa y San Francisco de Yare.

Dato por demás interesante divulgado en la investigación de Cordero Velásquez, indica que en las estaciones del ferrocarril tuyo funcionaban surtidas pulperías y mesones, no faltando en los andenes los vendedores de naranjas, aguacates, piñas, lechosas, gallinas, que los viajeros adquirían a su regreso a la capital de la república. Recuerda Cordero Velásquez los succulentos almuerzos que se servían en los dominios de la hacienda La Urbina.

El 01 de febrero de 1894, relata Cordero Velásquez, al efectuarse el viaje inaugural del ferrocarril Caracas - Valencia, saliendo de Caño Amarillo, en los vagones destinados para el recorrido inicial viajaban como invitados especiales la condesa Kleist de Alemania, la señora Muller, la señora Schirike, esposa de uno de los altos directivos del ferrocarril alemán, Pedro Ezequiel Rojas, canciller venezolano, y el general Venancio Pulgar, entre otros ilustres invitados. El tren debía recorrer 178 kilómetros, 86 túneles, 212 puentes y

viaductos y debía hacer sus respectivas paradas en las estaciones Palo Grande, Antímano, Las Adjuntas, Los Teques, El Encanto, Las Mostazas, La Begonia, Las Tejerías, Santo Domingo, Trapiche del medio, El Consejo, La Victoria, San Mateo, Cagua, La Julia en Turmero, Gonzalito, Maracay, La Cabrera, con embarcadero sobre el Lago de Valencia, Mariara, San Joaquín, Guacara, Los Guayos y San Blás en Valencia.

Al hacer la descripción de la estación de Los Teques, una de las más confortables del trayecto del tren vía Valencia, Luis Cordero Velásquez plasma en su obra *La Venezuela del Viejo Ferrocarril*, que a partir del viaje inaugural del ferrocarril hasta Valencia, el pequeño poblado de Los Teques experimentará inusitado resurgimiento. Por su agradable clima, recuerda el autor citado, Los Teques va a convertirse en sitio de pernocta para los temporadistas y personas quebrantadas de salud, a los que debe de añadirse, recuerda el escritor, familiares y, en general forasteros.

Importante recordar que la villa de Los Teques, antes y después de haber sido elevada a la condición de capital del estado Miranda, se tuvo como sitio ideal para el tratamiento de enfermedades pulmonares, donde buscaron refugio destacadas personalidades, entre ellas el genial pintor Arturo Michelena. Los Teques, gracias a la labor conservacionista de los directivos del tren alemán, fue dotado de hermosos parques y jardines, como el conocido como Los Coquitos, luego

bautizado con el nombre de Gustavo Knoop y El Encanto, así como de cómodas viviendas. Los parques ya nombrados, por su excelente y bien cuidada vegetación, constituyeron centro de atracción por parte de las familias que visitaban a Los Teques, bautizada como la Suiza de Venezuela. ¡Eran otros tiempos!

Adios, a Ocumare...con coma

Al ser trasladada la capital del estado Miranda de Petare hacia los valles del Tuy en abril de 1904, concretamente a la población de Ocumare, el músico Ángel María Landaeta, integrante de la banda del estado, compuso el valse *Adiós, a Ocumare*, como una despedida de Petare, la capital de entonces, que hasta ese momento se tenía como centro de los poderes públicos del estado Miranda. La pieza es un sentido homenaje a Petare. Muchas personas llegaron a creer que la composición se estrenó cuando la capitalidad se estableció en Los Teques en 1927, con la cual su autor se despedía de Ocumare del Tuy (y no de Petare), cuestión totalmente fuera de lugar, ya que para ese momento, 13 de febrero de 1927, el maestro Landaeta había fallecido en Ocumare del Tuy cuando corría el año de 1914, señalándose también como fecha de su deceso el año de 1920. Les dejamos a continuación lo que el respetado musicólogo José Antonio Calcaño, en su obra *La Ciudad y su Música* relata acerca del autor del valse *Adiós, a Ocumare*:

Ángel M. Landaeta, autor del popularísimo valse *Adiós a Ocumare*, sin la coma, según el maestro Calcaño, comenzó a ser conocido por esta época. En 1872 figuraba siempre como violinista en las orquestas. Años más tarde fue mejor conocido como autor de valeses, y se dice que el más popular de ellos fue compuesto en Petare, en momentos en que se trasladaba la capital del estado Miranda de Petare a Ocumare, y que por lo tanto, el título correcto del valse es: *Adiós, a Ocumare*, que es como decir: *Adiós, Petare, nos vamos para Ocumare*. Hoy, finaliza su breve nota el maestro Calcaño, solo se recuerda a Ángel M. Landaeta por este conocido valse. Otro destacado estudioso de la historia de nuestra música, ejecutante y crítico de arte Rhazés Hernández López, hijo también de Petare, al mencionar la creación del maestro Landaeta, dice que la misma debió llamarse *Adiós Petare* y hubiese creado menos confusión.

En el mes de abril de 1904, Ocumare del Tuy es elevada a la condición de capital del estado Miranda, pierde la villa de Petare esa categoría, viéndose los funcionarios públicos en la obligación de trasladarse hacia Ocumare del Tuy, entre ellos Ángel María Landaeta, quien formaba parte de la Banda del Estado, institución musical la cual estaba dirigida por el prestigioso maestro petareño Jermán Ubaldo Lira. En ensayo escrito por Juancho Fernández, publicado en la desaparecida Revista del estado Miranda, editada en Los Teques en los años cincuenta, ratifica que la composición de Landaeta

es su despedida de Petare y al respecto, dice: “ Para muchos este valse estaba dedicado a la población de Ocumare del Tuy”. Nada más lejos de la verdad. Ello se debió a que la generalidad de la gente suprimió la coma entre la palabra Adiós y la preposición A, pero eso no es correcto.

Nuestro ensayista citado plasma en su escrito, que sería el mismo Landaeta, momentos antes de arrancar el tren de la estación, el que anunció a varios altos empleados del Ejecutivo... que para despedirse de Petare había compuesto un vals y que sería ejecutado por la banda, tan pronto el ferrocarril comenzara a salir de la estación, como en efecto se realizó. He aquí parte de la letra del histórico valse Adiós, a Ocumare:

Y si por cruel imposición/ abandono tus
valles/ Temo que mi corazón/ Por las
penas estalle/ Y si por signo infeliz/
Nunca más jamás yo volveré/ ¡Ay,
Ocumare ! ¡ay de mí ! / No sé por qué
fui/ Ni cuando volveré/.

Queda demostrado, de acuerdo al recorrido investigativo acerca de la creación del valse Adiós, a Ocumare, que la coma (,) debe colocarse después de la palabra Adiós, ello porque el autor se despide de Petare.

En este un poco controvertido tema, debemos recordar que el Estado Miranda ha tenido varias capitales: Villa de Cura, La Victoria, Petare, Ocumare del Tuy y Los Teques. Concluimos así amigos, que para la época en que fue trasladada la capital del estado Miranda de Ocumare del Tuy

para Los Teques, el autor del vals ya había fallecido, como ya lo habíamos señalado anteriormente, razón más que contundente para desmentir a todas aquellas personas que piensan que ese vals se compuso como despedida a Ocumare. El vals de Landaeta fue una despedida triste a Petare, su pueblo natal. El maestro Landaeta había nacido en Petare en 1862, así lo recoge la cronista Coromoto Méndez Serrano en su trabajo Petare a Través del Tiempo e indicando como fecha de su fallecimiento el año de 1916. Otro destacado investigador sobre aspectos de nuestra música y sus autores, Hugo Álvarez Pifano en su libro El Vals Venezolano, reseña que Ángel María Landaeta nace en Petare, pero el año de 1872 y va a morir en Ocumare del Tuy en 1920. Esta situación, la del año y mes del nacimiento de Ángel María Landaeta, debe ser aclarada al efectuar la revisión en los archivos parroquiales y municipales y así lograr la localización del acta de nacimiento correspondiente (JMS/HZO).

Historia Menuda XXV

Los baños de mar en Macuto

Macuto, ese histórico espacio turístico, está atado a Antonio Guzmán Blanco y Joaquín Crespo, quienes durante sus respectivas administraciones se preocuparon por hacer realidad para la época, de unos modernos baños de mar, tanto para damas como para caballeros, los cuales consistían en dos grandes estanques de agua salada, inaugurados el 25

de enero de 1885. Los trabajos se van a iniciar en 1876, siendo paralizados al año siguiente, y, cuando corría el año de 1883 todavía no habían sido concluidos. Los baños en cuestión, consistían en dos grandes pilas de mármol trasladadas directamente desde Génova y la construcción estuvo a cargo del ingeniero G.K. Túcker, quien fuera sustituido, tiempo después, por el también profesional de la ingeniería Antonio Retalli, siendo inaugurados el 25 de enero de 1885 y regentados, así lo recoge Henríquez González F. en su obra *La Guayra. Dos Siglos de Historia*, por el popular Tacoa, de quien se decía era ahijado de Antonio Guzmán Blanco. Este conocido personaje, refiere el autor ya nombrado, andaba siempre pulcramente vestido de camisa y pantalón de algodón y calzaba alpargatas. Allí, dentro y fuera de los baños, mantuvo Tacoa una férrea disciplina. El periodista y escritor Lucas Manzano en su pincelada sobre Tacoa, aparecida en su libro *Crónicas de Antaño*, lo presenta como gordo, retaco, nariz achatada sin llegar a la chinguera, lucía para distinguirse de sus semejantes una panza que no tenía igual en todo lo ancho de la tierra litoralense. Al ser concluida la obra los baños de mar de Macuto, la cual estuvo a cargo del constructor italiano Retalli y entregada al general presidente Joaquín Crespo, el cronista Lucas Manzano, en sus *Crónicas de Antaño*, dice que los macutenos estuvieron de acuerdo que la administración se le diera a Tacoa.

Para la época cuando existían los baños de Macuto, Luis Enrique González F, en otro de sus libros, *Crónicas y Biografías de La Guayra*, relata que el uso de los trajes de baños no era bien visto... las mujeres se bañaban en fondos o en dormilonas largas, que al mojarse se pegaba bastante al cuerpo dando un espectáculo grato a la vista masculina. En cambio en la parte que les correspondía a los hombres, estos se bañaban con el traje de Adán, léase, desnudos. Al efectuar la descripción de los históricos baños, Luis Enrique González, quien fuera Cronista Oficial de La Guaira, relata que en Macuto existía un edificio construido a la orilla del mar, con dos separaciones: una para hombres y otra para mujeres, eran los baños de Macuto. Se llegaba hasta ellos, relata el cronista, por una pasarela que conducía hasta un corredor de entrada, donde los baños de las damas estaban a la derecha y el de los caballeros a la izquierda. Cada una de estas casas de baño, sigue nuestro informante, tenía en su interior un corredor con closets construidos en las paredes, para que los bañistas guardaran su ropa, entre otros elementos, con bancos de madera y espejos.

Macuto permanece atado a los nombres del cacique Guaicamacuto, al río que riega parte de su angosta geografía bautizado con el mismo nombre del balneario, a sitios como Loma Redonda, El Cojo, La Vega, Palo de Agua, Longa, Palmar de Azúcar, Montaña de Papelón, Punta del Pavero, Quebrada de Garabatos, La Cruz del Ceibo, El Playón, Hacienda San Juan y también permanece

ligado o atado al presidente Antonio Guzmán Blanco, ello por haber sido bajo su mandato que se proyectó la edificación de los baños y por haberse hecho realidad la construcción de una casa presidencial para veranear, conocida como La Guzmania.

Asimismo, cuando nombramos a Macuto, inmediatamente surgen los recuerdos hacia sus famosos hoteles como Alemania, Miramar, Guaicamacuto, Quince Letras, Pensión Guanchez y de sectores como Álamo, Paseo, El Ceibo, donde la figura de Manita o Mariíta se encargaba, en forma silenciosa, de adornar y limpiar las cruces que allí se alzaban. Recuerdo especial se tiene por la plaza de las palomas, bautizada con el nombre del poeta Andrés Mata, espacio donde escenificaban interesantes tertulias, humanistas, educadores, periodistas, poetas, músicos, historiadores, empresarios, funcionarios públicos, médicos y donde las familias disfrutaban de amenos paseos bajo la sombra de los árboles y la brisa que llegaba del mar. La población de Macuto también esta súper asociada el genial pintor Armando Reverón, al lado de su amada Juanita, en su refugio conocido como El Castillete, sector Las Quince Letras, donde realizó su gran obra como artista plástico, reconocida nacional e internacionalmente. Asimismo, no podemos dejar a un lado al famoso Quintín Longa, quien con su grata conversación, espontaneidad y sonrisa a flor de labio, animaba a los que se daban cita en el paseo, narrando episodios

y anécdotas relacionadas con su experiencia como salvavidas y nadador.

Macuto fue centro de visitas por parte de presidentes, escritores, políticos, diplomáticos y conocidas familias de Caracas y de otros lugares del país. Presidentes como Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, visitaban con cierta frecuencia el balneario de Macuto. El dictador Juan Vicente Gómez, de acuerdo a fotografías observadas en algunas publicaciones, siempre se situaba, acompañado de familiares, colaboradores y amigos, debajo de un frondoso uvero, el cual tenía una placa de identificación. La tragedia de Vargas, como se conoce el deslave ocurrido en diciembre del año 1999, arrasó con todo ese paseo y balneario de Macuto.

Los temporadistas que viajaban a Macuto desde Caracas lo hacían en tren y lo tomaban en Caño Amarillo, esto fue obra de la administración de Antonio Guzmán Blanco, pero ese tren llegaba solo hasta La Guaira y allí, para trasladarse hasta Macuto había que embarcarse en un pequeño e incómodo ferrocarril propiedad del señor Matharan, hijo de Francia, que trasladaba a los pasajeros hasta el balneario, y, después, al hacer acto de presencia el automóvil, las familias se desplazaban por la carretera construida durante el gobierno gomecista. Estos dos medios de comunicación contribuyeron altamente al desarrollo de Macuto como centro

turístico y a la edificación de cómodas y amplias viviendas para veranear o pasar largas temporadas.

La pelona Antonia organizaba las Guachicongas

Revisando los escritos de Pedro Quintero García, nos enteramos que las guachicongas no eran otra cosa sino las fiestas populares que se organizaban en los barrios de Guanare, estado Portuguesa, destacándose en la organización de las mismas una dama por todos conocida como la Pelona Antonia, aunque otros la identificaban como La Tronco, mote que le montaron por la gordura que exhibía. Este popular personaje se dedicaba a la venta de bollos, conocidos como ahitones y de empanadas, utilizando para ello, una gran cesta. La pelona Antonia o La Tronco, tocaba sinfonía y dominaba la bandola guanareña. Se sabe, de acuerdo a los datos recopilados por Quintero García, que en los bailes de joropos por ella amenizados, no se tenía hora para finalizar y como condición para entrar al lugar donde se montaba el baile, sostenía como condición, que todos los asistentes debían dejar a la entrada los garrotes, puñales, revólveres, machetes y navajas y, los hombres dueños de dichas armas, debían tener orden y moderación en la bebida.

Otro de los personajes muy populares en la población de Guanare, fue Ña Justa, conocida como La Pecedora, de quien se decía que era capaz de meterle en el vientre de la gente, sapos, culebras, arañas y causar enfermedades que solo podían

curarse con oraciones y bebedizos. En una ocasión, así lo describe Pedro Quintero García, Ña Justa se acercó a una residencia donde velaban a un difunto y sin que nadie se diera cuenta gritó unas cuantas cosas, agarró un crucifijo, onista hizo la señal de la cruz y salió, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Los dolientes que presenciaron aquello al acercarse a la urna, pegaron soberanos gritos, ello debido que, al observar al cadáver, éste había cambiado de posición.

En Guanare también se movió, recorriendo las calles de la población, Don Valeriano de Torrelles, a quien se tenía como campeón en el manejo del garrote, lo cual hacía con destreza, también se desempeñaba como maraquero, cantante de corrios en las guachicongas, conuquero y artesano. Don Valeriano decía que él elaboraba unas excelentes cuajadas con leche de tigre, animal que había domado gracias a oraciones, sahumerios y bebedizos de guamacho real.

Una cabra o una burra para alimentar al niño

Hubo momentos en Caracas, la que ya se despidió, la que se marchó, la que se fue sin decir adiós, cuando en sus dominios existían chiveras y vaqueras, todas ellas, de acuerdo a documentadas crónicas muy bien alimentadas con una gran capacidad en la producción de leche, muy solicitada por las familias residenciadas en las distintas parroquias. Sobre esta materia, cuenta el historiador José García de la Concha en su libro

Reminiscencias. Vida y Costumbres de la Vieja Caracas, que algunas damas al dar a luz y no poder amamantar a sus críos para suministrarle la leche correspondiente y mucho menos contratar una nodriza, entonces buscaban una cabra o una burra. La cabra debía ser isleña y la burra negra. En esto de buscar una burra, pero negra, me trajo a la memoria a mi abuela materna María Sánchez, partera y yerbatera, quien decía que lo mejor para combatir la tosferina era tomando leche tibia de burra negra. La leche de chiva llegaba a Caracas, así lo recoge nuestro cronista guía, desde Catia y Tacagua, siendo las chiveras más famosas las que por esos espacios tenían Domingo, mejor conocido como “el gomero” y Joseíto Fajardo, mientras que en la hacienda La Yerbera en San Agustín del Norte, se desplazaban, así se lee en las Reminiscencias, las cabras isleñas de Don Francisco González.

Don José García de la Concha, nos dice que en aquella Caracas rural, donde por sus calles se desplazaban carretas cargadas de pasto para vacas, caballos, mulas, en casi todas las parroquias existían establos donde pastaban buenas vacas lecheras. Un señalamiento, por demás interesante que plasma García de la Concha, es el del barrio más lechero de Caracas, el cual no era otro sino Sabana Grande, donde poseían excelentes ejemplares los vaqueros Manuelito Orta y Agustín Cabello y, más allá, en Chacao, estaba Manuel Toledo Trujillo y, todavía un poco más allá, Branger en Los Dolores y por los lados de Tócome,

la vaquera de Antonio y Ramón Yanes. Hacia esos dominios, donde las vaqueras y las haciendas de caña de azúcar, constituían la riqueza de la zona, se iría extendiendo la urbe con sus modernas construcciones, derrumbando chiveras, vaqueras, torreones, trapiches y añejas casonas. De esa Caracas que nos describe García de la Concha, no nos queda prácticamente nada. Gracias a nuestros cronistas, historiadores y periodistas, nos enteramos de las tradiciones, costumbres, leyendas, vida social, personas populares, valores humanos, que en su evolución histórica social, mantuvo en su seno la capital de Venezuela (JMS/HZO).

Historia Menuda XXVI

Especial para la ciudad de Guarenas en su Cuatricentenario

14 febrero 1621 – 14 de febrero 2021.

El alegre totumo y el sabroso aguacate.

Con motivo de la celebración del cuatricentenario de la fundación de Guarenas, el 14 de febrero de 2021, día por cierto del Amor y la Amistad, recordaremos la figura del músico Benito Canónico, uno de sus hijos ilustre, quien con su inspirado vuelo musical le rinde homenaje a la villa que lo vio nacer, el 3 de enero de 1894, al dedicarle su famoso golpe El Totumo de Guarenas. Benito Canónico es el padre del afamado y siempre bien recordado Chino Canónico, aquel jugador de beisbol, que fue el pitcher, para mas ñapa, que tuvo la gloria de traer para Venezuela el título del

Campeonato Mundial de Beisbol, escenificado en La Habana - Cuba en el año 1941.

Los primeros conocimientos musicales obtenidos por Benito Canónico, así lo señalan sus biógrafos, los recibe de su padre Agustín Canónico, músico que en Guarenas cumplió una interesante jornada. Es de señalar que Benito Canónico en su dilatada obra como compositor y ejecutante, llegó a dominar los secretos del cuatro, el arpa y el violín, así como los instrumentos que constituían una banda.

Cuando revisamos los datos biográficos sobre Benito Canónico, concretamente los publicados por el musicólogo José Peñín en la Enciclopedia de la Música en Venezuela, se sabe que el maestro se paseó por los espacios del bolero, dejando obras como Yo no te Guardo Rencor; de los golpes, donde se encuentran, Caracas es la Capital, El Aguacate de Guarenas, El Guirirí, El Bojote, El Totumo de Guarenas, Pica Pica, El Histórico, Caicara del Orinoco, Quirpa, El Macán, El Cachicamo, El Conoto; de los pasajes se conocen de su autoría Pacairigua de Guatire, Moriche Solo, Mi Recuerdo, El Dulce, La Mariposa; en los amenos pasodobles dejó, Guatire, 1907, El Filarmónico, Mi Reposo; entre los merengues se encuentran El Refranista, El Jacarandoso, Qué le Van a Tirar, El 24, El Triunfo, El Problema, El Guapetón, El Mango, El Venezolano; entre los valsos se encuentran El Abuelito, Recuerdo de Guarenas, Carmen Teotiste, Alecia, Rosa Margarita, Reinita, María, Blanca

Cecilia, Setty, Elvira, Marieta, Saludo a Guarenas, Brisas de Ocumare, Mis Amores, La Fiesta, Serenata Merideña, Lamentación, Véspero Declinante, Los Caobos, Marta Soledad, 21 de Mayo, Luisa Amelia, Infancia, El Sueño, El Guarenero, Ylbia y Me Ausento; por los caminos de los aguinaldos dejó ¡Oh! Jesús Bendito, San José y María, Aurora Temprana, Todas las estrellas; entre los himnos se conocen el dedicado al teatro El Corral, Canto a la Virgen, himno a la Sociedad Mixta, a la Santa Cruz; para bandas se conocen las marchas como Al Nazareno, al Santo Sepulcro, El Nazareno.

Les dejamos a continuación la pintura que nos ofrece Hugo Álvarez Pifano en su documentado trabajo El vals Venezolano, historia y vida, sobre el Totumo de Guarenas: “Benito Canónico es el autor del celeberrimo Totumo de Guarenas, un aire regional de ritmo alegre y retozón, que invita al baile y al desenfreno, que provoca alegría y entusiasmo desbordante...” En otra parte de su mención al golpe del maestro Canónico, el autor citado, al recordar la transcripción que el genial guitarrista Alirio Díaz hizo para guitarra, se transforma en una pieza de concierto de difícil ejecución, que requiere de una técnica avanzada para su interpretación correcta. El concierto donde Alirio Díaz interpretó la versión del Totumo de Guarenas para guitarra, se oyó, con un lleno total, en el teatro Municipal de Caracas en 1960, recibiendo el maestro Alirio Díaz prolongados aplausos por sus magistrales

interpretaciones, entre ellas la del Totumo de Guarenas. Por cierto, en varias oportunidades quien escribe, escuchó, por boca de viejos guareneros, en amenas conversaciones escenificadas en la plaza Bolívar de Guarenas, después de la salida de la misa dedicada a la Virgen de Copacabana, que al principio el nombre que llevaría el Totumo, sería El Dulce, dado que mientras finalizaban los últimos compases, una hermana del arpista Juan Muñoz, les habría obsequiado un plato de un sabroso dulce de lechosa.

Don Benito Canónico en su larga y fructífera existencia se desempeñó como integrante de la Banda Marcial de Caracas y de la Orquesta Típica Nacional, así como profesor de música en instituciones como la Escuela Bolívar, el Colegio Sucre y en la Escuela Normal Miguel Antonio Caro, donde fundó la Estudiantina y la Banda Marcial. El maestro Benito Canónico, elevada y conocida figura musical dentro y fuera de Venezuela, va a morir en Caracas el 13 de octubre de 1971, dejando como herencia una fértil obra musical, muchas de ellas desaparecidas.

Les dejamos a continuación estrofas del Totumo de Guarenas, considerado el himno popular de la ciudad y de El Aguacate Guarenero, fruto muy solicitado, en épocas pasadas, en los mercados caraqueños. Se comentaba, así se lee en algunas crónicas, que los compradores de aguacates, lo primero que decían al solicitar el producto, era que

los mismos debían ser de Guarenas y, de no ser así, no los compraban.

El Totumo

Quando canto este totumo/yo no sé lo que me da/que me pone en condición/
De tocá, cantá y bailá/Que totumo tan sabroso, el que van a escuchá/Que cuando suena en Guarenas/Provoca zapatiá/Si señor, ya lo van a escuchar/Si señor, lo van a escobillar/Si señor, lo van a zapatear/Si señor, lo van a bailar/Si señor, el totumo sabroso/Señores, que van a zapatiá.

El Aguacate

El aguacate que se come aquí en Guarenas/ay, no, no, no tiene comparación/porque su fama no es local sino mundial/Que no lo digo yo porque soy un guarenero/Porque sabe a mantequilla/Y alimenta con esmero/sino la gente que forma el mundo entero/esa es la propiedad del aguacate guarenero/Taqui-taqui-lo vamos a zapatiá/y el aguacate lo vamos a saboreá.

El muñeco de la ciudad

Este sabroso merengue, muy popular en su época, el cual se extendió más allá de nuestras fronteras e interpretado por conocidas voces nacionales internacionales, así como incluido en las programaciones de afamadas orquestas, es del guarenero Adrián Pérez. Hubo momentos en Venezuela, cuando en la calle veían al cantante, animador, hombre de radio, cine y televisión, Héctor Monteverde, inmediatamente lo identificaban con el

Muñeco de la Ciudad, dado que con esa composición, la que cantaba de una manera muy particular, llegó a gozar de una de gran popularidad en los escenarios del país. Hubo momentos, cuando Víctor Saume, creador el programa el Show de las Doce, el cual comenzó a verse por la pantalla de plata a partir de 1954, al salir de permiso, el show era animado, entre otros, por Héctor Monteverde. Allí, en el Show de las Doce, Don Víctor Saume, conocido como “Personero de la ciudad de Caracas”, presentó figuras de las dimensiones de Libertad Lamarque, Olga Guillot, Celia Cruz, Miguel Aceves Mejías, Lola Flores, Alfredo Sadel, Héctor Cabrera, Magdalena Sánchez.

Al revisar algunas notas que nos informan acerca de la vida de Adrián Pérez, se nos dice que vio la luz en Guarenas el año de 1929, mientras que en otras se señala el 8 de setiembre de 1930. Sus padres fueron Hipólita Arias y Bartolo Pérez Martínez, siendo llevado a la pila bautismal de la iglesia parroquial de Guarenas, el 16 de octubre de 1935, por el poeta Rosendo Castillo y Gracia del Rosario Arocha. El poeta Rosendo Castillo, padrino de bautizo de Adrián Pérez, fue dueño de un establecimiento comercial, La Estrella de Oro, situado en la calle Páez. Sobre la obra poética de Rosendo Castillo, recogida gran parte de ella por el cronista David Fernández y publicada en la obra Poetas de Guarenas, se sabe que muchas de sus composiciones aparecían firmadas con el seudónimo Juan Pablo Guarenas. Este ilustre

guarenero, Rosendo Castillo, autor del poemario Crepúsculo de mis Horas, fue galardonado en 1980, con el Premio Municipal de Poesía, premio otorgado por el Concejo Municipal.

Nos relataba en una ocasión el recordado amigo Simón Rengifo, que el merengue El Muñeco de la Ciudad, lo cantaron las reputadas y conocidas voces de Rafa Galindo, Rafa Robles, Nelson Pinedo, quien con el respaldo de la orquesta la Sonora Matancera lo había grabado en La Habana, Cuba, en 1954, colocando la creación de Adrián Pérez, en la cúspide de la popularidad en Latinoamérica. Según los entendidos en melodías como la de Adrián Pérez, señalan que El Muñeco de la Ciudad recoge la estampa típica del antiguo lechuguino arrabalero, antecesor del pavito de hace ya unos cuantos años. Antes del lechuguino y el pavito, en Caracas se movió el cucarachón, personaje de buen vestir, mostrando sus bien cortados trajes por toda la ciudad, mientras el sastre que se los había confeccionado, trataba de localizarlo para cobrarle la deuda contraída. Simón Rengifo, quien en Guarenas mantuvo dos patronas, la Copacabana y la Candelaria, siempre pregonó que por sobre los torreones de las haciendas de caña de azúcar de Guarenas, se habían proyectado las melodías compuestas por Benito Canónico (El Totumo de Guarenas y El Aguacate Guarenero), Adrián Pérez (El Muñeco de la Ciudad) y Billo Frometa, (Caminito de Guarenas), permaneciendo atada a

ellas para satisfacción de un pueblo que admira y respeta a los que las crearon.

Muñeco de la ciudad

La gente dice que soy/El muñeco de la ciudad/
Porque soy negro negrito/Con la bamba colorá/
Negro que baila caliente/Negro que toca el tambor/
Negro que baila cumaco/Con fuego en el corazón/
Todos se acercan a verme/
Por la gracia que yo tengo/Al golpe de la tambora yo/
Les bailo este merengue/Negro que baila caliente.../
Si negro nací nací/
Porque así lo quiso Dios/
Pero bailo este merengue/Con fuego en el corazón/
Negro que baila caliente.../
Negro que baila sabroso/
Negro que toca tambor/
Negro que come candela/
Negro que masca chimó.

Caminito de Guarenas

Caminito de Guarenas /donde encontré la novia mía/
Marialuisa la morena/la que juró que me quería/
Aun recuerdo aquella tarde/cuando una rosa deshojaba/
y buscándote camino/que era verdad que yo la amaba/
Caminito de Guarenas/que yo encontré, de Guarenas/
caminito de Guarenas/que se me fue, de Guarenas/
Caminito de Guarenas/ya no te acuerdas de nosotros/
María Luisa la morena/me abandonó y se fue con otro/
ha pasado mucho tiempo/de aquella flor no queda nada/
En el alma solo siento/Que yo solito me he quedado/
Caminito de Guarenas/Que yo encontré, de Guarenas/
Caminito de Guarenas/que se me fue, de Guarenas/
Caminito de Guarenas/Que se perdió, de Guarenas/
Caminito de Guarenas/Que se me olvidó, de Guarenas.

Héroe Guarenero

Daniel “Chino” Canónico, hijo del reconocido músico Benito Canónico, nació en Guarenas el 3 de febrero de 1916. Su nombre permanece metido en todas las capas de la sociedad venezolana, ello por la hazaña cumplida en el universo del beisbol el año de 1941, como integrante del equipo amateur que obtuvo el campeonato mundial en la ciudad de La Habana, Cuba, venciendo en el último partido al equipo de ese país, sede del evento. Venezuela entera explotó de emoción por los cuatro costado al enterarse a través de las voces de Francisco José “Pancho Pepe” Cróquer y Enrique Vera Fortique, del triunfo de los venezolanos sobre los cubanos en el estadio Tropical. El gran héroe había sido, por la forma como había dominado a los bateadores, Daniel “Chino” Canónico, pitcher de lanzamientos, todos cubiertos de una especie de magia, señalaban los entendidos en la materia, los cuales no pudieron descifrar los bateadores de la potente novena cubana, a los cuales les lanzó “El Chino” en el campo habanero. La hazaña de Daniel “Chino” Canónico, bateador y pitcher de grandes quilates, seguirá ocupando, a través el tiempo un lugar especial en las páginas de la historia del deporte venezolano.

En el partido donde Venezuela se tituló campeón mundial de beisbol amateur en 1941, dos lanzadores brillaron con luz propia, ello gracias a lo

que tiraban para el home, el guarenero Daniel “Chino” Canónico y el cubano Conrado “Guajiro del laberinto” Marrero. El duelo desde el montículo se tiene como uno de los más extraordinarios presenciado en el beisbol caribeño. Venezuela alcanza el gallardete mundial con el “Chino” Canónico como pitcher, con una anotación de 3 carreras por 1, en un estadio donde se habían dado cita unas 30.000 personas. Venezuela recibió a sus jugadores, toleteros de primera, como héroes. El presidente de Venezuela, Isaías Medina Angarita, decretó Día de Júbilo a nivel nacional. En La Guaira y Caracas, las manifestaciones de alegría al llegar los campeones, inundaron todos los rincones de esas dos ciudades. La gente se lanzó a las calles, cargando sobre sus hombros a los que con sus esfuerzos y espíritu deportivo habían logrado para Venezuela el campeonato mundial de beisbol amateur.

El nombre de Daniel “Chino” Canónico lo vamos a encontrar formando parte de las novenas Los Sapos, Los Sabios de Vargas. Gavilanes, Los Muchachos, Venezuela, Los Trece, Senadores, Pastoras, Vargas, Cervecería Caracas. El historiador y cronista, Elio Bolívar, en sus investigaciones sobre el beisbol en la cuatricentenaria Guarenas nos informa que Daniel “Chino” Canónico, al lado de su destacada actuación como deportista, concretamente como pitcher, dominando a espigados bateadores, también se desempeñó como músico, formando parte de agrupaciones formadas

por su padre Don Benito Canónico, amenizando retretas, entre ellas algunas de las organizadas en Guarenas con motivo de sus tradicionales fiestas patronales en honor a la Virgen de Copacabana. Nuestro citado cronista plasma, en su trabajo 50 Años de Pelota Guarenera, que Daniel “Chino” Canónico cuando corría el año de 1940, dirigió una selección guarenera que se enfrentó a una dirigida por el cubano “Cocaína” García, conocida como Las Estrellas Negras, a quienes la del patio derrotó en el terreno de Casarapita, donde en nuestros días se encuentra la urbanización Nueva Casarapa.

El poeta, político, parlamentario, escritor, Miguel García Mackle, en discurso pronunciado en la plaza Bolívar de Guarenas el 14 de febrero de 1985, al recordar al “Chino” Canónico, les comunicó a los asistentes, lo siguiente: “Pero además de música, el apellido Canónico, guarenero, popular y arraigado tradicionalmente, le ha dado a nuestro pueblo otra gloria indiscutible y enaltecedora: el ídolo del extraordinario triunfo de Venezuela sobre el poderoso equipo cubano del Campeonato Mundial de Beisbol Amateur de 1941, Daniel Canónico, “El Chino”, cuya famosa bola lenta o cambio de velocidad, unida a una pasmosa serenidad, a un control del ánimo poco común, materialmente sacaron de quicio a la ingente batería cubana...!Y “El Chino” Canónico los venció!”.

Daniel “Chino” Canónico, hijo destacado de Guarenas, fue elevado al Salón de la Fama del Deporte Venezolano en 1971, va a morir, lleno de

gloria y con el reconocimiento del pueblo venezolano por todo lo que hizo a favor del beisbol nacional y caribeño, en la ciudad de Barquisimeto, estado Lara, el 20 de agosto de 1975.

Momentos estelares de Guarenas

Guarenas, de acuerdo a investigaciones realizadas por historiadores, entre ellos Lucas Guillermo Castillo Lara y David Fernández, fue fundada el 14 de febrero de 1621 con el sonoro nombre de Nuestra Señora de Copacabana, encontrándose entre sus fundadores el Teniente General Don Pedro José Gutiérrez de Lugo, Juez Poblador y el encargado de llevar a cabo todos los asuntos civiles, en representación del Gobernador de la Provincia de Venezuela, Capitán Don Francisco de la Hoz Berrío y el Cura Vicario de Caracas Gabriel de Mendoza, quien realizaría todas las diligencias eclesiástica a nombre del Obispo de Venezuela Fray Gabriel de Angulo. Ya para el 21 de noviembre de 1626, Guarenas comienza a rendirle culto a la Virgen de Copacabana, su patrona, devoción que se mantiene hasta nuestros días. En sus fértiles tierras, a medida que la población iba creciendo, irían apareciendo las haciendas de caña dulce, trabajadas por la mano esclava negra y cerca de ellas, vecindarios como Anauco, Casarapa, El Cercado, El Cedrito, La Fundación, Güeime, El Recreo, Los Lagos, Maturín, Santa Cruz, Naranjal, San Pedro, Auyare, Izcaragua, Curupao, Guacarapa, Guayabal, Mampote, Potuco, Santa Cruz, San Pedro, Cloris, Ceuta, Tocarón, entre otros. Los que

deseen conocer el significado de los nombres antes citados, así como otros que se encuentran a lo largo y ancho de la geografía guarenera, al respecto le recomendamos consultar el folleto Toponimia de Guarenas, del pedagogo y cronista David Fernández.

A medida que la comunidad iba creciendo y sus haciendas produciendo, se van abriendo caminos que comunicarían a Guarenas con otros sectores poblados, no faltando los arreos de bestias de carga y carretas, los cuales transportaban papelón, azúcar, aguardiente, al lado de otros productos cosechados en las vegas locales, todas muy bien cuidadas por sus dueños, entre ellos Ramón y Pedro Monzón, Juan Ramón Sánchez, Pedro Manuel Vera, Jesús María Marrero, Rufo Olivo, Adolfo Abad, Félix Martínez, Ramón Hernández.

El tránsito de mulas, caballos, mulos, burros, carretas - donde la figura del arriero, veterano en dominar espacios - entre Barlovento, El Tuy, Petare, Oriente y Caracas, iba constituyendo un elemento importante en el movimiento comercial entre Guarenas y las zonas ya nombradas, lo cual permitió la apertura de posadas y rancherías, donde se le brindaba atención a los viajeros y a las bestias, siendo muy famosas posadas como Santa Cruz, La Estrella, Mampote, Campo Alegre, Ochoa, Los Lagos, Pajarito, El Helechal y La Cortada. Por cierto, dentro y fuera de la población no faltaban las surtidas pulperías, siendo la última de ellas, la

regentada por Don Delfín Mendoza, conocida con el nombre de La Reforma, donde la ciudadanía pudo observar los últimos burros, amarrados de unas argollas que se encontraban adheridas a la acera.

La angosta geografía de Guarenas ha sido cuna de hombres y mujeres, quienes con sus actuaciones han contribuido a darle brillo al lugar donde vieron la luz, señalándose entre ellos, de acuerdo a lo divulgado por el académico David Fernández, a Cristóbal Loreto de Silva, el primer guarenero en obtener un título universitario; Juan Francisco López Adán, quien se desempeñó como catedrático en el Virreinato de la Nueva España; José Anselmo Orta, prócer de la Independencia; Manuel Pantoja médico y patriota de elevados méritos; Francisco Rodríguez de Tosta, jurista y profesor en la Universidad Central; José Manuel de los Ríos, político, quien como presidente de la Cámara del Senado de su época, firmó el decreto legislativo de los honores al Libertador con motivo del traslado de sus restos a Venezuela; Francisco R. García, médico, a quien por el ejercicio de su profesión, la familia guarenera lo tiene como figura ejemplar; Régulo Fránquiz, alta figura del clero venezolano, muerto en la tétrica cárcel de La Rotunda por la dictadura de Juan Vicente Gómez; José María Fránquiz Jiménez, periodista, jurista, educador; Juan Bautista Ascanio Rodríguez, esclarecido profesional de la medicina; Benito Canónico, conocido músico, autor, entre otras piezas musicales de El Totumo de Guarenas y El

Aguacate Guarenero; Adrián Pérez, famoso por su merengue “El Muñeco de la Ciudad”; Rosendo Castillo, poeta; Antonio María Piñate, de dilatada obra pedagógica, cronista y Maestro de Capilla; Antonio Patiño Antich, poeta; Daniel “Chino” Canónico, destacado jugador de beisbol, elevado al Salón de la Fama del Deporte Venezolano; Athilano Pacheco García, escritor, poeta; Manuel Silva, músico Maestro de Capilla; Armando Urbina, artista plástico, escritor, dramaturgo, fundador de agrupaciones teatrales, entre ellas El Teatro Negro de Barlovento; Monseñor Pío Bello, poeta, miembro fundador y primer Rector de la Universidad Católica “Andrés Bello” y de la extensión en la ciudad de San Cristóbal, estado Táchira y segundo Obispo Arzobispo de la Diócesis de Los Teques; Rafael Castillo Vera, publicista, locutor; Caupolicán Ovalles, ensayista, poeta, escritor; Rodolfo Santana, dramaturgo, de dilatada obra en el campo teatral, premiado, nacional e internacionalmente por su trabajo en el universo de las tablas; Emilio Bello, músico, fundador de la Estudiantina Teófilo León, del Centro de Educación Artística “Andrés Eloy Blanco” de Guatire; Alberto Sequín Vera, pedagogo; Elio Bolívar, cronista, historiador y ensayista; Jorge Luyando Rondón, actor, humanista, escritor; Marta Elena Crespo Pedroza, historiadora, educadora, escritora; Eleodoro González P., artífice de la famosa bebida Ponche Crema, la cual tratamos de saborear los venezolanos durante las fechas decembrinas.

Guarenas permanece anclada a sus manifestaciones folclóricas. Allí encontraron, desde los días coloniales, terreno de primera, los que hicieron posible el baile de San Juan, la Parranda de San Pedro, la Burriquita, La Viejita, con Miguel “El Típico” Parra y Rodolfo Toro, al lado de las improvisadas melodías que dejaron los cantantes anónimos. Gracias al trabajo desplegado por Bernardino Garmendia, Berta y Mercedes Rojas, Martín Lozano, la familia Muro, Juanita Mora, familia Núñez, Pancho Rojas, Raimundo y Francisco Vaamonde, Juan Blandín, Isabel Hernández, al lado de otros importantes cultores, la fiesta en honor a San Juan, como lo recordaba Pedro Aponte, se mantiene en su apogeo, recorriendo las calles de la urbe, los 24 d junio de cada año. La Parranda de San Pedro, Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, tiene en Guarenas uno de su más amplios escenarios y, donde el recuerdo nos lleva a la labor cumplida por parranderos de las dimensiones Gonzalo Quiñones, Norberto Blanco, Antonio Núñez, Sixto Istúriz, Antero Núñez, Juan Lorenzo Aponte, Leoncio Campos, Régulo Melián, quienes con sus rostros todos negros, al lado de María Ignacia y los tucosos, se encargaron por largos años de mantener la manifestación, dejándola a las nuevas generaciones como herencia de primera. El día dedicado a San Juan, la voz del cantante, se explaya y, mientras observa la figura del Santo, le rendirá el homenaje correspondiente, diciendo:

Changulé que ya me voy
Changulé que ya me voy
Changulé que ya me voy
Pa Tacarigua.
Oh, Juan Bimbé no tiene casa
Oh, Mariambé
Oh, Juan Bimbé
Duerme en el suelo
Oh, Mariambé.

Para el 29, día dedicado a San Pedro, las tonadas irán brotando, especie de manantial, a medida que la imagen del santo se desplaza, calle abajo, calle arriba;

Buenas noches doy señores,
Buenas noches vengo a dar,
El San Pedro de Guarenas,
Hoy les viene a saludar.
Es el santo de San Pedro
Que es el santo e´ mi papá.
Es el santo e´ Antonio Núñez
Que me enseñó a parrandear.

Guarenas no olvida a sus personajes populares, los que diariamente recorrían sus angostas calles paseando su humanidad y aliñando, con sus respectivas salidas, la existencia de chicos y grandes, en una comunidad donde todavía dominaba la ruralidad.

Recuerdos interesantes dejaron figuras como Petró, Guacharaco, El Mudo de Maturín, Queso Amarillo, Pedro Guarapón, Bartolo, Caramero, Cuñata (amolador), Juancito Trucupey. Les dejaremos a continuación la pincelada que en una oportunidad nos ofreció Delfín Mendoza sobre Pedro Guarapón. Este recordado personaje, decía Delfín Mendoza, en vista de la no existencia de una agencia bancaria en el pueblo, Guarapón tenía la

misión de trasladar dinero de Guarenas a Caracas, actividad que cumplía empleando una noble mula, colocando las morocotas en unos pequeños sacos, de los llamados de azúcar. Tanto las morocotas como las monedas de plata llegaban a su destino, dado que Pedro Guarapón gozaba de una gran honestidad. Nunca fue asaltado.

La descripción de quién era Eusebio Antonio Gil, bautizado como Petró, quien todos los días marchaba de Guarenas, saliendo de la pulpería La Reforma, hacia la hacienda Curupao, llevando un cajón, lleno de mercancía sobre su cabeza, nos la dieron Pedro Aponte, conocido profesional del volante y Don Delfín Mendoza. Según ellos Petró, se encargó, durante largo tiempo de alegrar al pueblo organizando diversos eventos populares para chicos y grandes, como el disparar todos los años, el cañón en las fiestas patronales, lo cual hacía desde los cerros Colorado, Papelón y El Guacharacal, asimismo Petró organizaba los mejores velorios dedicados a la Santísima Cruz, homenajeándola con décimas y fulías en el mes de mayo, se encargaba también de buscar los bambúes que debían utilizarse para la manga de los toros coleados, lanzar los cohetes, fabricar el muñeco que representaba a Judas y criticar a las autoridades cuando no cumplían lo que le habían prometido a la colectividad.

Ah malhaya un trago de agua
De la quebrada de Guarenas,
Un bizcochuelo cubierto
Y el beso de una morena.

--
Entre Guatire y Guarenas
Cuando se hacen los fiestones,
Tenemos toros coleados
Para ver los valentones.

¡Feliz Cuatricentenario a los nativos de Guarenas y a todos aquellos que hicieron sus valiosos aportes a esa ciudad, desde cualquiera área del pensamiento humano! La celebración del Cuatricentenario de la llamada Perla de Miranda, constituye un extraordinario acontecimiento el cual debe quedar grabado en las presentes y futuras generaciones de guareneros, por lo tanto le enviamos nuestras más sinceras felicitaciones (JMS/HZO).

Historia Menuda XXVII

Famosos grupos musicales

En notas redactadas por Aldemaro Romero, Rafael Salazar, Aníbal Nazoa, entre otros estudiosos de nuestro quehacer musical, encontramos nombres de famosas agrupaciones musicales ya desaparecidas de los escenarios nacionales, formadas por destacadas figuras de la composición y ejecución. Entre esas agrupaciones se recuerdan a los Cantores del Trópico, integrada por Marco Tulio Maristani, Manuel Pérez Díaz, Eduardo Serrano y Antonio Lauro, nombres muy conocidos

por su largo jalonar musical dentro y fuera de Venezuela; el dúo Espín y Guanipa, formado por César Espín, maestro de música de dilatada trayectoria y Ángel Guanipa, músico muy conocido en Caracas. Quien escribe esta nota oyó muchas veces, a través de la radio, las interpretaciones de este popular dúo.

En 1938, año cuando este escritor, como diría el historiador Manuel Caballero, llegó al mundo en Vega Redonda, Araira, un 14 de septiembre, comienza a escucharse el Trío Caribe, formado por Inocente Carreño, Pedro Paiva Revengar y Luis Villasana. Otro trío de gratos recuerdos lo constituyó Cantaclaro, donde militaban Dámaso García, Pascual García y Francisco Carreño, luego se uniría Rafael “Fucho” Salazar, padre de Rafael Salazar, quien nos ha proporcionado valiosos datos para redactar esta nota.

Cuando corría el año de 1935 se escuchaban las composiciones interpretadas por el Cuarteto Caraquita, bautizado popularmente como Los Cuatro Diablos, con una programación donde no faltaban los valeses, merengues y joropos. Esta agrupación la integraban Julieta de la Rosa, piano; Chipín Marcano, cuatro; Alberto Muñoz, clarinete; y Gerardo González, contrabajo. Rafael Salazar recuerda que el Cuarteto Caraquita, fue la mejor agrupación musical porque le dio difusión, prestancia y virtuosismo a la música popular caraqueña. Para 1945 hace su aparición el Trío Raúl

Borges, allí participaban Antonio Lauro, Flaminia de De Sola y Manuel Enrique Pérez Díaz.

Para aquellos años fue todo un acontecimiento escuchar a Teodoro “Teo” Capriles, miembro fundador del Orfeón Lamas, personificando a Florentino, en la famosa Cantata Criolla de Antonio Estévez, basada en la obra Florentino y el Diablo del poeta barinés Alberto Arvelo Torrealba, mientras que el maestro Antonio Lauro, se encargó de darle vida al Diablo. Ambos intérpretes representaron sus respectivos papeles con el respaldo musical de la Orquesta Sinfónica Venezuela, bajo la dirección del maestro Antonio Estévez, autor de la histórica Cantata y quien fuera corista del Orfeón Lamas, miembro de la Orquesta Sinfónica, fundador del coro del Liceo Andrés Bello y del Orfeón de la Universidad Central, el cual hizo su debut en 1943. Antonio Estévez, egresado de la Escuela Superior de Música José Ángel Lamas, alumno de Vicente Emilio Sojo, recibirá el Premio Nacional de Música correspondiente a los años 1949-1950. Les dejamos a continuación dos versos del famoso encuentro entre el Diablo y Florentino, creación de la bien formada mente poética de Alberto Arvelo Torrealba:

El Diablo

Catire quita pesares
Contéstame esta pregunta
¿Cuál es el gallo que siempre
Lleva ventaja en la lucha
Y aunque le tumben el pico
Tiene picada segura?

Florentino

Tiene picada segura
El gallo que se rebate
y no se atraviesa nunca:
bueno si tira de pie,
mejor si agarra en la pluma.

Detalles de la otrora Caracas

Para el año de 1837, Caracas era conocida como un pueblo grande, donde los residentes y viajeros podían contemplar las heridas que mantenía la pequeña urbe producto de los terremotos y de las acciones bélicas libradas durante la independencia. Para aquel año se decía que las esquinas más concurridas, según muchos de nuestros cronistas, no eran otras sino La Bolsa y Mercaderes, donde mantuvo su sede la famosa posada El León de Oro, propiedad de Antonio Delfino. Al frente del conocido hospedaje del señor Delfino, abrió sus puertas una botica, atendida por el boticario Claudio Rocha, sitio donde se escenificaban tertulias con la asistencia de poetas, escritores, historiadores, artistas, viajeros, educadores, entre otras personalidades. Se decía que el señor Claudio Rocha, poseía grandes habilidades para la preparación de jarabes a base de saúco, malva, llantén, toronjil, verdolaga, pasote, mejorana, yerbamora, escorzonera, tacamahaca, guásimo, manzanilla, cañafistola, siendo el más solicitado el depurativo a base de zarzaparrilla. También

preparaba Claudio Rocha unos sabrosos refrescos a base de tamarindo, limón, guanábana y piña. Para esa época el hielo no se conocía, por lo tanto los refrescos debían tomarse al natural.

Los cronistas de la ciudad de Caracas, entre ellos Héctor Parra Márquez, señala que en la esquina de La Bolsa se instalaron prestamistas y propietarios, quienes se apresuraban a inscribir sus respectivos bienes en una oficina del Registro que allí tenía su sede, este movimiento comercial le dio una gran animación al lugar, identificándose como La Bolsa. Asimismo, refiere el historiador citado, por el auge que allí se observaba, ello por las transacciones, a la calle cercana se le conocía como Mercaderes, donde se situaron muchos negocios. En esas sabrosas crónicas de Parra Márquez, que nos hablan de una Caracas que ya no existe, hemos leído que el señor Antonio Delfino, dueño de la posada El León de Oro, instaló una sucursal de la misma en el puerto de La Guaira y una línea de coches halados por caballos, inaugurada en 1845, que salían de la céntrica esquina de La Pedrera. Al respecto el periodista y escritor Lucas Manzano refiere que eran ocho las diligencias que salían de Caracas rumbo a La Guaira, tiradas por cinco caballos cada una, con paradas para comer algo y el descanso de las bestias, en los sitios conocidos con los nombres de Curucutí y Guaracarumbo. Para el año señalado al comienzo de esta nota, Caracas era una pequeña ciudad de estrechas calles, por donde transitaban coches halados por caballos, por bestias de silla, carretas,

arreos de mulos, mulas y burros y de viviendas con techos de tejas.

El bucólico y aristocrático Antímano

Antímano constituyó, aunque usted no lo crea, uno de los centros aristocrático de Caracas y el lugar hacia donde se dirigían muchas familias a disfrutar del excelente clima que ofrecía esa bucólica comarca, quienes llegaban al lugar utilizando coches halados por dos briosos y bien cuidados caballos. Las notas elaboradas por cronistas, historiadores y ensayistas, no dejaban de manifestar que el sector se caracterizaba por poseer excelentes vegas y haciendas de caña de azúcar. Don Antonio Reyes, escritor de documentados trabajos, nos dice que las tierras de Antímano eran regadas por las cristalinas aguas del río que por allí corría y poseedor de hermosas leyendas. Se sabe, por todo lo que se ha divulgado al respecto, que en Antímano se residenciaron caudillos, presidentes, jefes militares, ministros, intelectuales, políticos. Por la angosta geografía de Antímano pasearon sus figuras Antonio Guzmán Blanco, Ignacio Andrade, Rojas Paúl, Andueza Palacios, Antonio Matos, Juan Francisco Castillo, entre otros destacados venezolanos que vivieron durante el siglo XIX.

Antonio Guzmán Blanco, conocido como El Ilustre Americano, siendo presidente, le tomó especial cariño a la villa de Antímano, construyendo allí una especie de palacete de pulida madera, de un solo piso, con confortables corredores y parques

que, cuando se ofrecían recepciones, eran iluminados con gas y lámparas chinas, hasta donde se trasladaban sus colaboradores, familiares, la crema caraqueña, los adulantes, comerciantes, banqueros y financistas. Esa bella mansión la ocupaba Antonio Guzmán Blanco durante varios meses al año, mientras se encontrara en Venezuela, porque lo de él, era mantenerse en París y dejar en la silla presidencial a los que seguían al pie de la letra sus órdenes emanadas desde la Ciudad Luz, como es conocida históricamente París. En esa mansión ofrecía fiestas principescas, disponiendo de vagones del ferrocarril para que se trasladaran sus invitados. Por cierto, Antímano, al lado de Los Teques y sus parques Los Coquitos y El Encanto, así como Sabana Grande, Los Chorros y Macuto, constituía uno de los sitios ideales para la recreación de chicos y grandes. Ir a uno de esos lugares se tenía como todo un acontecimiento para la época.

Antonio Guzmán Blanco quiso, mientras se mantuvo como gobernante, convertir a Caracas, dice el musicólogo José Antonio Calcaño, en una pequeña París. En aquella Caracas guzmancista, así lo reseña en sus trabajos el maestro Calcaño, a quien tuvo el honor de conocer y atender en la vieja sede de la Biblioteca Nacional, eran muy conocidos y populares los barberos Laureano Betance y Pedro Pablo Mosquera, que tenían sus barberías de Jesuita a Tienda Honda y frente a la Plaza Bolívar. Los caraqueños estaban atentos para escuchar a Ángel Real, quien tenía la misión de pregonar los bandos y

las informaciones gubernamentales. El historiador de la música, José Antonio Calcaño, guía en esta parte de nuestro escrito, de una dilatada actuación en los dominios de la cultura nacional, conocido por su obra dentro y fuera del país, en su visión sobre la Caracas de los años de gobierno de Antonio Guzmán Blanco, caudillo ilustrado, nos dice del papel que jugaron en Caracas, ello por el trabajo que realizaban, el albañil Marcos Quintero, Bonifacio Saavedra, como repartidor de pan, Alejandro Sojo, sastre de vivo ingenio, quien llegó a interpretar, por poseer buena voz de bajo, composiciones en iglesias y participar en teatros.

Para los años del septenio guzmancista, en Caracas montó una librería, traza José Antonio Calcaño, Don Emeterio Hernández, establecimiento que para hacerle publicidad, su propietario colocó hacia la calle, la figura de un orangután, que con gafas y todo, se dedicaba a leer seriamente un libro. Asimismo no olvida el autor de la obra “La Ciudad y su Música” y quien fuera director de la Orquesta Sinfónica Venezuela y de la Coral Creole, que el señor Emeterio Hernández creó en su librería el magnífico servicio de Biblioteca Circulante, ya que por la suma de un fuerte, léase cinco bolívares mensuales, él alquilaba los libros que sus clientes querían leer en sus hogares. En aquellos años, recuerda el maestro y académico José Antonio Calcaño, el sastre cubano Emilio Torres, inspirado en las camisas que usaba Garibaldi, creó el liquiliqui, traje muy popular en nuestro país, usado,

cuando los pueblos celebraban rumbosas fiestas, por los coleadores. En aquellos lejanos años los hombres distinguidos llevaban sombreros de copa, levita, pantalones de dril blanco, chaleco, vistosa cadena de reloj, corbata de lazo, duro cuello alto.

El profesor José Antonio Calcaño, quien también es autor de la documentada investigación 400 años de Música Caraqueña, plasma en uno sus ensayos y divulgado en sus conferencias por televisión, que uno de los medios para divertirse en aquellos años lo constituían las reuniones familiares, donde no faltaban las veladas musicales e indicando que las más famosas de estas reuniones se realizaban en la residencia de Antonio Mosquera, conocido violinista; en la del Dr. Eduardo Calcaño, compositor y ejecutante de violín y trompeta; en la casa de Don Manuel Larrazábal, compositor y organista. Al finalizar cada reunión, los asistentes, después de oír a los ejecutantes, comentaban y fijaban criterios acerca de lo sucedido en la velada artística.

Cronista plástico de Caracas

El destacado escritor Mario Briceño Iragorry, realizó una interesante descripción de todo lo que había creado el escultor Raúl Santana, bautizado por él como El Cronista Plástico de Caracas, quien mantenía en su residencia, conocida como quinta Las Peñas en Los Palos Grande, un espectacular museo que ocupaba más de tres salas de la quinta antes nombrada, obras que luego fueron trasladadas

a la sede del Concejo Municipal de Caracas, bautizando el espacio donde lo colocaron como Museo Raúl Santana. El artista, como lo señala Mario Briceño Iragorry, sin ruido, en medio del silencio que reclama este tipo de trabajo, había logrado reproducir en pequeñas figuras de diverso material o en apropiados dibujos, típicos valores costumbristas y viejos usos de nuestra capital. En ese mundo de figuras, dice el historiador ya citado, que le dan vida al Museo Raúl Santana, se observan la vieja cocina de campana para recoger el humo de la leña o el carbón; el hueso de sazonar, que se prestaba a los vecinos; la piedra de moler; la bolsa de liencillo para colar el café; el viejo candil, entre muchos otros detalles.

En su descripción del museo que va mostrando aspectos de una Caracas que desde hace año se marchó, Don Mario Briceño Iragorry, nos da información acerca del orden de las comidas y golosinas de antiguas confecciones caseras, tales como tequiches, torrijas, bollitos de cambures, buñuelos, palomitas de azúcar, rosquitas isleñas, las quesadillas de las Cedeños, los piononos, los gofios rellenos, los cambures pasados, la torta bejarana. No falta la pintura que traza Don Mario Briceño, acerca del moblaje de la casa a base de silla de cuero crudo, mesas de carretos, tinajero labrado, aguamanil de tres patas, cortina de lágrimas de San Pedro. En lo creado por Raúl Santana, dice nuestro informante, están presentes “las chinelas endemoniadas” que el zapatero Ubaldo Pino fabricó en 1712 para una

monja, que, al calzarlas, se vio obligada, con gran escándalo de la comunidad, a tomar la puerta de la calle y dedicarse de nuevo al mundo frívolo y alegre. El zapatero era travieso y al decir de la leyenda tenía tratos con el demonio. Sigue, relata Don Mario, Juan Alonso de la Cruz, brujo criollo, autorizado en 1721 para ejercer públicamente sus secretos y “misterios”, cuestión esta que le otorgan ya que había curado a un deudo de Don Antonio José Álvarez Abreu, Marqués de la Regalía, gobernador Interino de la Provincia.

En el quehacer de Raúl Santana, dice Mario Briceño Iragorry, está “el mundo de la vieja calle caraqueña representado por el antiguo farol de gas; por el arbolito de fuego con el retrato de Guzmán Blanco; por el vendedor de “raspado”, por el frutero, con su carreta llena de variada verdura; por el amolador; por el “mushiú” del “pianito”. No falta la estampa de Natividad el chocolatero, permanentemente acompañado de sus perritos “Papito” y “Mamita”. Entre los tipos populares están “Cara é Gallina”; “Ropasanta”; Cara é Piedra, Ño Morián, sereno de la ciudad en tiempos del general Soublette; “Chivo Negro”, “Nuestra Señora de las Batatas”, el Duque de Roca Negra, “Fides” y “Trompa”, disparatado torero y de donde nos viene la sentencia “tirarse como el Trompa, que significa hacer algo sin mirar el riesgo. A través de las obras confeccionadas por Raúl Santana, exhibidas al público en los espacios del Concejo Municipal de

Caracas, se muestra lo que en un momento de su historia mantuvo en su seno la urbe caraqueña.

Mario Briceño Iragorry, autor del ensayo sobre el Raúl Santana, trabajo que nos ha servido de guía en la elaboración de esta nota y a quien él califica como el Cronista Plástico de Caracas, nació en Trujillo el año de 1897 y fallece en Caracas en 1958, dejando en su paso vital, una densa obra como ensayista, novelista, cronista, historiador, biógrafo, diplomático, orador, educador, político, parlamentario. De su pluma salieron obras como *El Regente Heredia*, *Casa de León y su Tiempo*, *Mensaje sin Destino*, *Alegría de la Tierra*, *El Caballo de Ledesma*, *Tapices de Historia Patria*, *Los Riberas*, *Lecturas Venezolanas*, entre otras, todas claves en el proceso político, social, histórico de nuestro país.

En 1948 Mario Briceño Iragorry recibe el Premio Nacional de Literatura. Al regresar de su exilio en 1958, año de su muerte, quien redactó esta página, tuvo la oportunidad conversar con él en las sedes de la Biblioteca Nacional y de la Academia de la Historia, donde sus sabias palabras nos guiaron en la búsqueda de informaciones históricas, literarias y políticas y también tuve la congruencia de visitar varias veces el Museo Raúl Santana. Lo que no sé es si se conserva y si se mantiene en el mismo sitio (JMS/HZO).

Historia Menuda XXVIII

Andrés Eloy Blanco... también actor

Al meternos en las páginas de las biografías escritas sobre Andrés Eloy Blanco, nos encontramos que para el año de 1915, el poeta era alumno de la Escuela de Actuación y Declamación, recibiendo las sabias orientaciones del notable pedagogo Guillermo Fernández de Arcila, teniendo como compañera de aula a Anna Julia Rojas, quien con el correr del tiempo se convertirá en una magnífica actriz. Como alumno del maestro Guillermo Fernández de Arcila, Andrés Eloy actuó en el Teatro Municipal, en las obras *Hechizo de Amor*, de Martínez Sierra y en *La Pena*, de los Hermanos Álvarez Quintero, donde tuvo como acompañantes a María Isabel Witzke, Anna Julia Rojas y Pedro Centeno Vallenilla. También el público tuvo la oportunidad de ver a Andrés Eloy en el drama *La cena de los Cardenales*, del dramaturgo portugués Julio Dantas, donde personificó al cardenal Montmorency y las actuaciones del poeta Villaespesa, como el cardenal Rufo; Emiliano Ramírez Ángel, cardenal Gonzaga. En el elenco también figuraron los poetas Guillermo Austria, Jacinto Fombona y Francisco Caballero Mejías.

En el año de 1917, en los jardines de la residencia de la familia Zuloaga, situada en la moderna urbanización El Paraíso, Andrés Eloy Blanco escenificó, de manera íntima conocidas piezas teatrales, entre ellas *El Cristo de las Violetas*, acompañado de Elisa Elvira Zuloaga y en 1926 sube a las tablas para presentarse en el sainete en verso *Alfil toma Dama*, obra de su autoría. Al lado de todo

lo que significara el teatro, donde se desempeñó con tino Andrés Eloy, mantuvo una gran afición por el beisbol y por toreo. Cuando a Caracas llegaron los campeones mundiales de beisbol amateur, competencia que se celebró en La Habana, Cuba, en 1941, y donde Venezuela se tituló campeón, Andrés Eloy pronunció, en el Estadio Nacional, un emotivo discurso de bienvenida y, al morir trágicamente José Pérez Colmenares, Andrés Eloy será el encargado de pronunciar las sentidas palabras de despedida del popular jugador en su viaje a la eternidad. Demostrando, en ambas intervenciones, los conocimientos que poseía sobre ese deporte.

Recordemos que el poeta, humorista, parlamentario, orador, escritor, diplomático, político, autor del Himno de los Estudiantes, con música del maestro Juan Bautista Plaza y galardonado con el Premio de la Academia Española, por su poema Canto a España, composición que su autor le recitó a los reyes de España Alfonso XIII y Victoria Eugenia, en el terreno del beisbol lo encontramos jugando con Samanes B.B.C., adversario del Independencia, novenas que inauguraron un estadio por los lados de El Paraíso, cerca de la quinta Las Acacias de la familia Boulton. Entre los compañeros de equipo de Andrés Eloy, se encontraban Carlos Lanfant, Mauro Tovar, Eduardo y Gustavo Machado, José Loreto Arismendi, Raimundo Schlageter, Edgar Anzola, Nicomedes Zuloaga, entre otros.

En el terreno de la tauromaquia, Andrés Eloy admiró, entre otras figuras del toreo, al diestro venezolano Eleazar Sananes, mejor conocido por la afición venezolana como Rubito, quien logró grandes triunfos, no solo en Venezuela, sino en España y en cosos de otros países de América Latina. Al lado de otro diestro, Julio Mendoza, se dividieron la afición venezolana. El historiador Don Carlos Salas, en su investigación sobre la historia de la fiesta brava en Caracas, nos ofrece interesantes datos sobre los toreros ya nombrados y también de las grandes corridas montadas en el Circo Metropolitano y en el Nuevo Circo de Carcas, donde conocidos diestros dibujaron alegres faenas, recibiendo como premios orejas, rabos y patas de los ejemplares lidiados y salidas a hombros del coso por una afición entusiasmada.

Los árboles emblemáticos de Venezuela

El eminente profesor Jesús Hoyo F., conector en profundidad de todo lo que encierra la flora venezolana, se encargó de señalar los árboles emblemáticos de cada una de las regiones de la nación, iniciando su clasificación con el Araguaney, árbol nacional, cuyo nombre aborigen, lengua caribe es aravaneí, pintado por el gran novelista Rómulo Gallegos como “un incendio que llena de áureos resplandores cuanto lo rodea”. El Araguaney crece en sabanas, en tierras cálidas, cerros áridos. Cuando no hay lluvia allí está imponente el Araguaney. Siguiendo con las informaciones del conocido científico Jesús Hoyo F., después del

Araguaney vendrán otros árboles emblemáticos como el Cereipo, en Anzoátegui; el Samán, en Aragua; el Merecure, en Apure; el Cedro, en Barinas; el Camarucu, Carabobo; el Apamate, Cojedes; el Cují-Yaque, Falcón; la Palma Llanera, Guárico; el Semeruco, Lara; el Bucare Ceibo, Mérida; el Roso Blanco, Miranda; la Palma Moriche, Monagas; Guayacán, Nueva Esparta; la Caoba, Portuguesa; el Roble, Sucre; el Pino Criollo o Pino Laso, Táchira; el Bucare Anauco o Reinoso, Trujillo; el Chaguaramo, Yaracuy; el Cocotero, Zulia; el Caucho Hevea, Amazonas y el Mangle Rojo, Amacuro.

Sobre el Roso Blanco o Rosa de Montaña Blanca, árbol emblemático del Estado Miranda, el maestro Hoyo nos informa que es un bellissimo árbol típico de la región de Barlovento y valles del Tuy del Estado Miranda, indicando que el mismo crece en los bosques húmedos y cálidos del norte del país. También nos dice el profesor Hoyo, que las primeras y tiernas hojas presentan color blanco y penden al final de las ramas imprimiéndole al árbol otra nota más de belleza y vistosidad. Este árbol mirandino se propaga por semillas y presenta crecimiento lento. Recomendable sería, tomar todo lo que el estudioso Hoyo dice sobre el Roso Blanco y distribuirlo en las escuelas e institutos de educación media, públicos y privados, para que los jóvenes estudiantes tengan una información cierta sobre nuestro árbol emblemático y qué importancia tiene dentro de nuestros bosques.

La Casona

El cronista Carlos Eduardo “Caremis” Misle, estudioso de la historia, tradiciones, costumbres de Caracas, ciudad donde nació y donde comenzó a formar su histórica Corototeca, al divulgar datos sobre el lugar donde se encuentra La Casona, residencia de los presidentes de la nación, nos lleva de la mano para decirnos que esa posesión con la acogedora vivienda, le fue comprada a la señora Elisa Elvira Ruiz Miranda de Brandt, heredándola de su esposo Don Alfredo Brandt, quien le había colocado a la mansión el nombre de La Casona, residencia de hacienda, que en una oportunidad también se conoció con el nombre de La Pastora, llegándose hasta ella por el camino que conducía al pueblo del Buen Jesús de Petare después de pasar por los campos que se extendían desde Chacao a los Dos Caminos. Se sabe, de acuerdo a crónicas escritas por historiadores y ensayistas, entre ellos Carlos Eduardo “Caremis” Misle, que muchas familias iban a temperar, otros salían a hacer excursiones hacia Las Delicias, La Campiña, Bello Monte, Sans Souci, La Alcabala de Chacaíto, Mata de Coco, momentos que aprovechaban para acercarse a Los Chorros y bañarse en los pozos allí existentes o cumplir con un paseo en tren por Agua de Maíz y Los Dos Caminos.

La Casona fue declarada residencia presidencial durante la administración del Dr. Raúl

Leoni, ya que durante la vida republicana y hasta ese momento el país no tenía una casa donde viviera el presidente y su familia. Es oportuno señalar que el general José Antonio Páez, héroe de Carabobo y creador de la República de Venezuela, al separarse nuestro país de la Gran Colombia, vivió en La Viñeta; José María Vargas tenía como residencia una modesta casa cerca de la esquina de Camejo; Carlos Soubllette, vivió en su casa situada entre Pelota y Punceres; José Tadeo Monagas, tenía su habitación en la Plaza de San Pablo; Antonio Guzmán Blanco, vivía, mientras se encontraba en Venezuela, cerca de Carmelita y en Antímáno; Joaquín Crespo, habitó una hermosa construcción conocida como Santa Inés; Andueza Palacio, tenía su casa en la esquina de Jesuitas; Linares Alcántara y Rojas Paúl, se residenciaron en la Casa Amarilla; Cipriano Castro, en una amplia quinta conocida como Villa Zoila, bautizada así en honor a su esposa Zoila de Castro; Juan Vicente Gómez, se estableció en Maracay y desde allí, utilizando presidentes títeres, gobernó a Venezuela por espacio de 27 años; Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, se instalaron en cómodas viviendas por La Quebradita; Rómulo Betancourt, vivió alquilado en Los Núñez, en La Florida; Don Rómulo Gallegos, habitó por los lados de Altamira; Carlos Delgado Chalbaud, quien llegó a presidencia después de participar en el golpe de estado que derrocó al maestro Rómulo Gallegos, estuvo residenciado en el Pedregal, cerca de Chapellín y el Country Club;

Marcos Pérez Jiménez, tuvo su quinta en la urbanización El Paraíso.

Wolfgang Larrazábal, quien llega al poder después del derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958, tenía su residencia en Santa Mónica; Edgar Sanabria, ocupó la presidencia al renunciar Larrazábal, residía en Bello Monte. El doctor Raúl Leoni, fue el primer magistrado en ocupar La Casona y, al ser electos Carlos Andrés Pérez, Rafael Caldera, Luis Herrera Campins, dejaron sus residencias particulares para ocupar La Casona, Jaime Lusinchi dejó La Casona antes de terminar su mandato, en el gobierno transitorio del historiador Ramón J. Velásquez, siguió habitando su casa particular en Altamira y de Hugo Chávez y Nicolás Maduro, a ciencia cierta, desconozco si la habitaron o no.

Viaje en ferrocarril Caracas- Valencia

En la búsqueda de información sobre la historia de los ferrocarriles en Venezuela, los trabajos consultados, nos describen el recorrido de los 160 kilómetros, a una velocidad de 20 kilómetros por hora, que hacía el ferrocarril que partiendo de la estación de Caño Amarillo, llegaba hasta la ciudad de Valencia, capital del estado Carabobo, realizando sus respectivas paradas en las estaciones Palo Grande, para luego enfilarse hacia Antímáno, donde los pasajeros, hombres, se bajaban a tomar café, de aquí la locomotora se dirigía hacia Los Teques y, al hacer su respectiva parada en la

acogedora estación tequeña, cerca del parque Los Coquitos, bautizado luego con el nombre de Gustavo Knoop, su creador, los viajeros compraban queso de mano fresco, pan de horno, arepitas, tostadas, pan, frutas, cerveza, licores, chicha, carato, tortas y una gran variedad de granjerías que elaboraban conocidas familias de la localidad, al lado de visitar el bien surtido cafetín. Esta estación, la de Los Teques, con acogedores corredores, era sitio ideal, así lo confirma el historiador Ildelfonso Leal, para encuentros, despedidas, tertulias y muy concurrida, dado que muchas familias se trasladaban hacia el lugar para disfrutar del agradable y excelente clima, no olvidar que a Los Teques, antes y después de ser elevada a capital del estado Miranda, se le conocía como la Suiza de Venezuela. Por cierto, los días domingos, cuando los pasajeros se bajaban del tren, eran recibidos con composiciones musicales interpretadas por los miembros de la Banda de Conciertos del Estado, institución que tuvo entre sus directores a los maestros Adelo Alemán y a Teófilo León. En muchas oportunidades, en la espaciosa estación de Los Teques, se encontraban, entablando interesante tertulias, figuras como Rómulo Gallegos, Julio Rosales, Fernando Paz Castillo, Francisco “Job Pim” Pimentel, Leoncio “Leo” Martínez, Pedro Emilio Coll, Díaz Rodríguez, Arriaza Calatraba. Después de la parada en Los Teques, el tren se dirigía en la búsqueda de Las Mostazas, lugar donde se vendían, así se lee en algunas crónicas, unas

fabulosas empanadas de gallina. Después vendrán Las Tejerías, entrada a los fértiles valles de Aragua, allí se vendían frutas, dulces criollos, cochino horneado.

En el pueblo de La Victoria, donde el bravo José Félix Ribas, al lado de una gruesa legión de jóvenes, derrotó al ejército realista, el tren cumplía una parada de media hora, dado que se debían cambiar las locomotoras. En este sitio era muy visitado el célebre restaurante La Estación, donde por cinco bolívares, una cifra para la época bastante elevada, a los pasajeros del tren le servían mondongo, cochino horneado, plátano frito, arroz blanco, caraotas negras, carne mechada con papas, ensalada, dulce, café y otras menudencias. De La Victoria se seguía a La Cabrera, situada a orillas del lago de Valencia. Se nos escapaba decirles que en San Joaquín se adquirían las conocidas panelas, diez por solo medio real. Ya en Valencia, urbe donde vivió el general José Antonio Páez, la primera parada se cumplía en San Blás y desde aquí se seguía a la de Camoruco, donde se efectuaba el traslado de los que se dirigían a Puerto Cabello.

Famosos golfeados

Los primeros golfeados saboreados por quien escribe los fabricaba en mi pueblo, Araira, antigua Colonia Bolívar, del Municipio Autónomo Zamora, Guatire, el panadero Nicanor Blanco, quien poseía su establecimiento en la calle real del pueblo, desde donde partía, ciertos días de la semana, conduciendo

dos nobles mulas, con dos cerones (barriles de madera), uno de cada lado de las enjalmas, a repartir panes y dulces hacia las zonas rurales y caseríos vecinos. Ya estando en Guatire, no dejé de adquirir los golfeados que elaboraba Enrique Moreno, al lado de su esposa Teresa, en su negocio instalado en la calle 9 de diciembre, en una casa propiedad de José “Pepe” Dorta, hermano de mi padre Eleuterio Dorta. Siguiendo por los senderos de los golfeados, en Guatire también fueron muy solicitados los que salían de los hornos del negocio de Humberto Rosas. Asimismo tuve oportunidad de adquirirlos en Los Dos Caminos, en El Junquito y Los Teques, donde los servían acompañados de queso de mano. Los de Araira y Guatire, los mojaba, todas las tardes en café, chocolate y guarapo. El tradicional vendedor de granjerías, cuando en su amplia cesta llevaba golfeados, al lado de conservas, majaretas, tunjas, roscas, melcochas, tortas burreras, polvorosas, pregonaba:

¡--llevo los sabrosos golfiaos!-

Se ha dicho, lo que hemos leído en algunos reportajes, como el de Eleana Matos, publicado en El Nacional del 18 de agosto de 2013, que los golfeados nacieron en Petare, en una panadería identificada con el nombre de La Central, propiedad de los hermanos Duarte, que estuvo situada en la plaza La Libertad, calle Comercio, donde hoy se encuentra la concurrida Redoma de Petare, lugar por donde pasaba el tren que se dirigía a los valles del Tuy, concretamente a Santa Lucía, con parada en

Petare, aprovechados esos instantes por los pasajeros, para comprar una buena cantidad de golfeados. Si la memoria no me falla, en el reportaje antes señalado, leímos unas declaraciones del panadero Frank Suárez, quien decía que la receta de cómo se elaboraban los golfeados en Petare, llegó hasta las panaderías de Los Dos Caminos (La Amistad), El Junquito y Los Teques. Por cierto, de ello hace ya muchos años, los que debían trasladarse de Petare a Los Teques, después de adquirir sus respectivos golfeados, tomaban los autobuses en la Plaza La Libertad, allí en Petare. Se me escapa recordarles que el queso de mano que se le monta al golfeado, los degustadores también de otros sabores, lo colocan sobre las cachapas de budare, de hoja y dentro de las arepas (JMS/HZO).

Historia Menuda XXIX

Excelente lanzando y bateando

Vidal López, quien se destacó como lanzador y bateador nació en la villa de Río Chico, conocida, cuando por allí pasaba el tren de Carenero como la Petit Caracas. Vidal, con el correr de los años se convirtió en uno de los más grandes exponentes del beisbol venezolano, desempeñándose como pitcher y cuarto bate. Siendo niño se traslada, al lado de sus padres, a Caracas, donde estudia y trabaja. Cuando corría el año de 1935, Vidal López, conocido como El Muchachote de Barlovento y Gandola, se ata al beisbol organizado. Los encuentros infantiles los realizó cuando militaba en las novenas Lucky

Strike, Valdespino, Los Cojos y Atlético Unión. Su nombre brilló como integrante del Concordia, Central, Royal, Deportivo Caracas. En Barquisimeto, la ciudad de los crepúsculos, protegida por la Divina Pastora y donde la música juega papel de primer orden, Vidal López aparece como ficha del Ayarí, América y Japón. En Maracaibo vistió el uniforme de Gavilanes y en Caracas perteneció al Vargas, Cervecería y Magallanes.

Por existir una suspensión en Venezuela contra él, Vidal López viaja a Puerto Rico, donde pasa a formar parte de los equipos Santurce y Caguas. Su nombre también figuró en Cienfuegos de Cuba y Monterrey de México. Al recibir la noticia que la suspensión que pesaba sobre él ya no existía, se le verá vistiendo el uniforme del Magallanes. Vidal López logró, con sus potentes lanzamientos propinar dos No Hit No Run, record dentro del beisbol criollo, uno al Santa Marta y otro al Vargas. Este magnífico jugador de beisbol y ejemplar ciudadano, después de cumplir una admirable carrera, dentro y fuera del país como pitcher y bateador, va a morir el 20 de febrero de 1972. Esta breve nota, homenaje al Muchachote de Barlovento, como cariñosamente llamaban a Vidal López, se hizo presente, después volver sobre las páginas de la novela Campeones, escrita por Guillermo Meneses, considerada por la crítica como la única obra que tiene como tema el deporte en Venezuela. Esta destacada figura de la

intelectualidad nacional, quien como estudiante universitario en 1928, estuvo entre los jóvenes enviados a Las Colonias, Araira, en calidad de preso por la dictadura de Juan Vicente Gómez, es autor de otras obras como La Mano Junto al Muro, El Falso Cuaderno de Narciso Espejo, Canción de Negros, La Balandra Isabel Llegó esta Tarde, El Mestizo José Vargas, La Misa de Arlequín, entre otras. Es importante señalar que Guillermo Meneses también se destacó como ensayista, cuentista, novelista, crítico literario, periodista. Ocupó el cargo de Cronista de la Ciudad de Caracas. Su firma aparece como colaborador de prestigiosos en medios de comunicación escritos como Elite, Ahora, El Nacional, de la revista CAL y de Sábado de Bogotá.

Rechazó una invitación del Presidente Betancourt

Al presidente Rómulo Betancourt, hijo de la población de Guatire, villa donde nació el 22 de febrero de 1908, cuando asciende al poder Juan Vicente Gómez después de derrocar a su compadre Cipriano Castro, no le agradaba usar pumpá, siendo sus cosas claves, la pipa, el sombrero y las guayaberas. Mantenía una gran afición por el cine, su residencia de Altamira poseía una sala donde se proyectaban sus cintas preferidas. Degustaba unas buenas hallacas y su fiesta preferida eran la navidades. Le agradaba usar en sus intervenciones públicas extrañas palabras, las cuales al ser escuchadas inmediatamente los oyentes consultaban el diccionario correspondiente o solicitaban información a veteranos filólogos. Recordemos que

el eminente lingüista Ángel Rosenblat, en su libro *Buenas y Malas Palabras*, le dedicó un espacio especial al léxico del presidente. Betancourt mantuvo una gran afición por el fútbol, deporte que llegó a practicar en Guatire y en Caracas por los lados de Sarría y también por el beisbol, siendo uno de sus equipos preferidos, en Guatire, el Pacairigua y en Caracas el Royal Criollos, según Yanesito.

En el espacio de las comidas, Rómulo Betancourt, así lo dicen sus amigos y lo ha divulgado en algunas entrevistas, sentía predilección por las caraotas, por la carne mechada, los huevos, las arepas, las hallacas, queso de año, morcilla, chorizos de Río Caribe, hervidos de pescado y de gallina, mondongo, entre otros platos de la mesa criolla. Se dice que en una oportunidad el Maestro Vicente Emilio Sojo, también hijo de Guatire, recibió una llamada telefónica de su paisano y amigo Rómulo Betancourt, quien lo invitaba a desayunar en Los Núñez, casa alquilada donde vivía el presidente, ofrecimiento que el ilustre músico, fundador del Orfeón Lamas y de la Orquesta Sinfónica Venezuela y conductor de una brillante legión de músicos formada bajo su batuta, rechazó, argumentando que su estómago no estaba preparado para recibir fuertes condumios, como los preferidos de Betancourt. La anécdota en cuestión la narra José Manuel Castillo en su escrito *Perfil Biográfico de Vicente Emilio Sojo*, y la misma dice que encontrándose Vicente Emilio Sojo en la casa de su hijo Efrén y de su esposa Ángela, quien toma

el teléfono cuando este repica, trasmitiéndole al Maestro que desde Los Núñez lo llamaba el presidente Rómulo Betancourt. El Maestro toma el auricular y al parecer, dice el autor citado, Rómulo lo estaba invitando a desayunar, a lo que en tono familiar y al mismo tiempo de jocoso reproche, le responde: “--Mira Rómulo, ni a balazos desayuno yo contigo!...Mi estómago está vuelto un miriñaque y tú comes muchas cosas peligrosas, como chicharrón, morcilla, refritas y otras exquisiteces...”.

La población de Ortiz le sirvió de inspiración

Una de las primeras obras escrita por Miguel Otero Silva, fundador de el Morrocoy Azul y del diario *El Nacional*, fue *Casas Muertas*, inspirándose para hacerla realidad en una situación dramática vivida en la población de Ortiz, bautizada como La Flor de los Llanos, situada en el Estado Guárico, cuando es azotada por una epidemia que se llevó al cementerio a casi todos sus habitantes. Ortiz fue capital de Guárico cuando corría el año de 1874. Población colonial que se irá proyectando a partir de los años 1653 y 1660, alcanzando la categoría de Parroquia Eclesiástica, bautizada como Santa Rosa de Lima y situada cerca del río Paya.

Se cree que su nombre se debe a un cacique al que los españoles llamaban Ortiz. El historiador Fernando Bosch llamó a Ortiz “Ciudad Fénix”, ello por haber sobrevivido a la Guerra Federal. Las contiendas intestinas, el paludismo, enfermedad tan

mortal como el vómito negro, contribuyeron al éxodo de sus habitantes y cuando corría el año de 1918, se hizo presente la peste española, la cual terminó de fulminar a los pocos habitantes que quedaban en el pueblo, convirtiéndola en una villa fantasmal, situación, como ya lo hemos señalado, inspiró al poeta, novelista, cuentista, humorista y periodista Miguel Otero Silva para redactar su novela Casas Muertas. Ortiz se había convertido en eso, en una comunidad donde reinaba la soledad y dentro de sus casas reinaba el silencio. La epidemia se había llevado en los cachos hasta al sepulturero y sus ayudantes.

El Estado Guárico también tuvo como su capital, a la urbe de Calabozo, donde se desempeñaron como maestros de capilla dos hijos de Guatire, Gregorio Ascanio, quien fue maestro del conocido compositor Antonio Estévez, autor entre otras obras de la Cantata Criolla y Régulo Rico, hijo. La comunidad de Calabozo está considerada como un rico espacio donde se obtiene leche, queso, cueros, entre otros renglones de la actividad agropecuaria. El casco histórico de Calabozo fue elevado, en 1979, a la condición de Monumento Nacional. Al efectuar una visita a la ciudad, no se puede dejar a un lado del camino su Catedral, la iglesia de Las Mercedes, la Casa de la Cultura Francisco Lazo Martí, la casa de los obispos y los Espinoza, la casa donde el realista José Tomás Boves mantuvo una pulpería y la Plaza Páez.

Calabozo, fue eliminada como capital por una decisión del dictador Juan Vicente Gómez, trasladándose la misma, a San Juan de Los Morros, permanece unido, tal como lo señalan los cronistas, a la figura de Juan Parao, personaje de la novela Cantaclaro de Rómulo Gallegos y a la de Celestino Álvarez, tercer Obispo de la ciudad.

En San Juan de Los Morros, actual capital del Estado Guárico, se alzan los majestuosos morros, vigilada por la monumental figura de San Juan y donde se pueden visitar sus aguas termales, recomendadas para aliviar algunos males. En la geografía guariqueña se encuentran los Esteros de Camaguán, mientras que en la localidad de La Negra se consigue el mejor casabe y las simpar naiboas.

Un gustazo al paladar

En Guatire, de acuerdo a conversaciones familiares, donde se trataban muchos temas, no faltaba el de las granjerías que preparaban conocidas personas residenciadas en la población, entre ellas mi bisabuela Bartola Guzmán y mis tías Justa y Ciriaquita Guzmán, ambas especializadas en todo lo relacionado con las conservas de naranja agria o cajera y también de un delicioso “arrebato” elaborado con naranjas y las famosas e imperdibles conservas de cidra, entre otras delicias al paladar. Por cierto la tía Justa, excelente bailadora de tambores el día de San Juan, mantuvo predilección por sacar de la cocina unos almidoncitos conocidos

como gustosos negros y gustosos blancos. Mi madre, Clemencia Sánchez, llegó a dominar la receta para hacer realidad el histórico “arrebatao” En esas tertulias, escenificadas durante las primeras horas de la noche, iban apareciendo, especie de repartos de películas, nombres como Leopoldo y Carmelita Rivas, quienes de granjerías sabían de todo; Nicolasa Blanco, diestra en la confección de polvorosas, suspiros, almidoncitos; Segundo Hernández, quien en su modesta panadería ofrecía suspiros a tres por locha; Ana Teresa y Petra Acuña, consideradas maestras en la elaboración del rico pan de horno; Juan María Pereira, poeta y fundador del semanario 3 de Mayo, en su panadería, de donde salía un pan de calidad, también se especializó en la obtención de pan de horno; la familia Pacheco, radicada en el Cerro de Piedra, calle Miranda, entre las lecciones de las primeras letras de las cartillas y lectura corrida en el Libro Mantilla, iban moviendo con curtidas paletas de madera, el contenido de los calderos que se montaba en los fogones, de donde salían unos dulces de primera; Baldomera Blanco de Mijares, dedicada a todo lo relacionado con los suspiros; Belén Blanco, mejor conocida como la señorita Belén, maestra de altos quilates, mientras dictaba sus lecciones, de su fogón salían unas incomparables melcochas, al lado de unos refrescantes caratos.

El rico y sabroso mundo de olores y sabores, seguía regándose por todo Guatire, gracias a Isabelita Acuña y Carmelita Terán, con sus

solicitadas arepitas dulces abombadas y adornadas con granitos de anís; Mercedes Berroterán de Escalona, especializada en huecas; Braulio Istúriz, quien con paciencia y sabiduría confeccionaba papeloncitos, cachos de azúcar y conservas de cidra, delicias que distribuía en el pueblo y en Caracas, donde tenía clientes que impacientemente esperaban esos dulces; Socorro Beltrán, al lado de sus hermanas, le dejaba a sus clientes unas bien cortadas conservas de leche; Marcelino Blanco, famoso por sus acemitas y panes que repartía a lo largo de las calles de Guatire, en una vieja bicicleta, vehículo que por lo general no montaba, sino que la llevaba siempre agarrado del manubrio; Pragedes, de su casa salían unos inigualables almidoncitos y papeloncitos; Natividad, radicado en Cantarrana, nadie lo igualaba en el majarete, el que vendía a centavo el tolete; Julia Rondón, quien le daba el punto a las conservas de coco, colocadas a la venta en las pulperías de Guatire; la familia Mijares, radicada en Barrio Arriba, de donde llegaban al pueblo besitos, melindres, pan de horno y suspiros; Víctor Regalado, conocedor de los secretos de la danza y la contradanza, conocimientos que les entregó a jóvenes del Centro de Educación Artística “Andrés Eloy Blanco”, en su casa moldeaba papeloncitos y cortaba unos alfondoques de primera; José Escalona, preparaba dulces criollos, tortas, acemitas, burros; familia Unamo, entre las calles Páez y Miranda, siempre se dedicaron al pan de horno; Las Porto y María de

Jesús Tachón, reconocidas en el dominio de hacer excelentes conservas de cidra, ofrecidas por vendedores, al lado de panes de las panaderías de Antonio Revanales, Ángel Urrutia, Enrique Moreno y Saturnino Urbina, a los pasajeros de los autobuses de la línea El Amigo del Pueblo, que cubrían la ruta Guatire, Guarenas, Petare, Caracas y Barlovento.

En esa larga lista del mundo de la granjerías guatireñas, también marchaban, cumpliendo destacadas actuaciones, Juana Acuña, Anita García Guillén, Salvador González, Cecilia Cueva, Socorro Beltrán, al lado de los que fabricaban papelón, tipo cono, en las distintas haciendas que rodeaban el valle de Santa Cruz de Pacairigua y Guatire, entre ellos Luis Felipe García, Pedro Tomás “Quicá” Istúriz, Hilario Muñoz, Amelio Díaz, Cipriano Blanco. Años cuando la caña de azúcar cortada en los tablones de las haciendas La Margarita, El Ingenio, La Concepción, Santa Cruz, Bermúdez, El Palmar, Vega Abajo, Vega Arriba, El Marqués, era trasladada a los trapiches en carretas haladas por lentas yuntas de bueyes, orientadas por curtidos gañanes, diestros en la manipulación de las garrochas.

El histórico Nuevo Circo de Caracas

Revisando páginas y más páginas de las obras escritas por figuras del intelecto nacional como Carlos Salas, Enrique Bernardo Núñez, Guillermo José Schael, Carlos Eduardo “Caremis” Misle, Graciela Schael y Guillermo Meneses, se nos dice

que el Nuevo Circo de Caracas fue construido en 1919 inaugurado el 26 de febrero de ese mismo año. El levantamiento de esa histórica obra se debió a la iniciativa del general Eduardo G. Mancera, figura destacada del régimen gomecista, quien trajo a Venezuela a la genial bailarina de ballet Anna Pavlowa y la llevó a pasear a su hacienda Santa Cruz, ubicada en Guatire. En la edificación del Nuevo Circo participaron los ingenieros Alejandro Chataing y Luis Muñoz Tébar. La primera corrida de toro que se montó en el Nuevo Circo estuvo a cargo de los diestros españoles Serafín “Torquito” Vigiola y Alejandro “Alé” Salas. Antes de abrir sus puertas el Nuevo Circo, las corridas de toros y otros espectáculos, como la proyección de películas, se cumplían en el llamado Circo Metropolitano, situado cerca de Puerto Escondido, lugar donde existió el cine Metropolitano. En el coso, del Nuevo Circo, realizaron faenas y recibieron grandes aplausos de la afición, diestros como Chicuelo, Ignacio Sánchez Mejías, Fermín Muñoz, Manuel Rodríguez Sánchez, Antonio Bienvenida, Juan Belmonte, Rafael “El Gallo” Gómez, Carnicerito de Málaga, Cayetano Ordoñez, Niño de la Palma, Joaquín “Cagancho” Rodríguez, Domingo Ortega, Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín, Gitanillo de Triana, Conchita Cintrón, Manuel “Manolete” Rodríguez, Luis Procuna (mexicano), Paco Camino, Antonio Ordoñez. A los toreros antes nombrados, todos españoles, a excepción de Luis Procuna, triunfadores en grandes tardes, de las llamadas de

sangre y arena, con faenas monumentales y estocadas fulminantes, se unen los nombres de venezolanos como Eleazar “Rubito” Sananes, Julio Mendoza, Vicente Mendoza, Luis Sánchez “Diamante Negro” Olivares, Alí Gómez, César y Curro Girón, entre muchos otros que grabaron sus nombres en esa plaza caraqueña, gracias al dominio con el estoque, el capote y la muleta. El conocidísimo Billos Frómata, enamorado empedernido de esa Caracas que ya no es, compuso un famoso pasodoble en honor al coso caraqueño, que dice así:

Nuevo circo nuevo circo
viejo circo caraqueño
porque en el alma del pueblo
siempre es nuevo tu recuerdo

El coraje y la templanza
y el valor de tus toreros
el coraje y la templanza
y el valor de tus toreros
Nunca pierdo la esperanza
antes de que yo me vaya
de tocar un pasodoble
en el medio de tu plaza

Y gritar con toda el alma
nuevo circo de colores
y gritar con toda el alma
nuevo circo de colores

Ahi van Rubito y Serafin
Julio Mendoza y Saleri
van los Girones y el Gran Neri
van Bienvenida y Dominguin

Muchas veces yo he soñado
cuando todo esta en silencio
que me visto de torero
y me planto en tu ruedo

A cantar consoleares
coplas, fandangos y tientos
a cantar consoleares
coplas, fandangos y tientos

Porque Caracas me ha dicho
en el medio de mis sueños
eres el circo mas lindo
eres el circo mas bello

Y la gloria te mereces
porque tu eres caraqueño
y la gloria te mereces
porque tu eres caraqueño

Ahi van Rubito y Serafin
Julio Mendoza y Saleri
van los Girones y el Gran Neri
van Bienvenida y Dominguin
van los Girones y el Gran Neri
van Bienvenida y Dominguin

Se quitaba el dolor con papelón

Al ir al encuentro de las obras del intelectual venezolano Alfredo Armas Alfonzo, narrador, cuentista, novelista, autor, entre otros trabajos de Los Lamederos del Diablo, Los Cielos de la Muerte, El Osario de Dios, Otros Difuntos, Con el Corazón en la Boca, nos encontramos con Carrao, personajes popular quien se movió con destreza, despertando la simpatía de toda la comunidad donde vivió por los dominios del bajo Unare, lo retrata fielmente con su pluma Armas Alfonzo, dejándonos en las páginas donde figura, las salidas que aplicaba para solicitar determinada ayuda, concretamente comida. En el pueblo, el mismo donde nació el

escritor, todos sabían que al llegar Carrao a una pulpería, a una posada, a una panadería, a una matanza, lo primero que hacía era pedir algo, lo que lograba con salidas muy jocosas, como las que les dejamos a continuación, de acuerdo al autor citado:

- ¡Carrao! ¡Carrao!
- ¿Qué tienes, Carrao?
- Un gran dolor, un gran dolor.
- A dónde, Carrao?
- En el talón
- ¿Con qué se te quita, Carrao?
- Con papelón.

El pulpero, sin poder aguantar la risa, le ordenaba al dependiente que le entregara a Carrao un trozo de papelón, lo que era suficiente para que Carrao se marchara lleno de felicidad. Armas Alfonzo señala que Carrao tenía cara de “mono asustado”, de inquietos movimientos de ojos, sin alpargatas, con el coco raspado, cubriéndose con un pantalón arrollado hasta la rodilla. Carrao pedía limosnas, con su sonsonete idiota, dice Armas Alfonzo, de mostrador en mostrador:

- ¡Carrao! ¡Carrao
- ¿Qué tienes, Carrao?
- Un gran dolor, un gran dolor
- ¿Adónde, Carrao?
- En la nariz
- ¿Con qué se te quita, Carrao?
- Con maíz.

Cuando Carrao, inquieto personaje que nos describe magistralmente Alfredo Armas Alfonzo, al enterarse que en una casa habían beneficiado cochino y, como él amaba entrañablemente las morcillas, al llegar al lugar se abría con aquello de:

- ¡Carrao!, ¡Carrao!
- ¿Qué tienes, Carrao?

- Un gran dolor, un gran dolor
- ¿Adónde, Carrao?
- En la Canilla
- Con qué se te quita, Carrao
- Con morcilla.

Si a Carrao le entraban ganas de meterle cuajada a una arepa o acompañar el casabe con ella, entonces se dirigía al sitio donde él estaba seguro que la cuajada no faltaba y, al estar frente al expendio, dejaba escapar lo de:

- ¡Carrao! ¡Carrao!
- ¿Qué tienes, Carrao?
- Un gran dolor, un gran dolor
- ¿Adónde, Carrao?
- En la quijada
- ¿Con qué se te quita, Carrao?
- Con cuajada

(JMS/HZO).

Semblanza de Jesús María Sánchez



Porvenir, logro para la comunidad zamorana dejar constancia para la historia, de tan importante acto de rebelión que pueblo alguno haya dado en su momento.

El pasado 4 de mayo de 2019, se enmarca como un día de gran valor cultural, para Venezuela, el estado Miranda, Guarenas y especialmente para toda la población de Guatire, en esta fecha el Profesor Jesús María Sánchez y su esposa hicieron entrega del legado histórico de 1780 artículos publicados en diferentes medios impresos y que fueron copilados en bellos tomos, encuadrado y entregado en la Biblioteca, Don Luis y Misia Virginia, recibido por la encargada de la Biblioteca Sra. Rosario Colina. El profesor Jesús María Sánchez, nos deja su legado, para la investigación, para que nuestras raíces e identidad nunca se pierda.

Citado por: Momentos de mi pueblo (2023). Momentos de personaje. Jesús María Sánchez. “Como estas pasando el día”, saludo contagioso de nuestro personaje.

Jesús María, nació el 14 de septiembre, en un sector de Aaira llamado vega redonda, aquí lo tenemos hoy, abriendo camino para el aprendizaje, hurgando, para que todos aprendamos, para que las nuevas generaciones estudien y continúen con la investigación.

Esta importante figura del Estado Miranda dedicó gran parte de su vida a la investigación histórica, gracias a su gran pasión por la lectura y su sentido de la indagación al trabajar en la Biblioteca Nacional de Venezuela.

A Jesús María Sánchez se le reconoce como el historiador que rescató para la comunidad guatireña el Decreto que honró a nuestro pueblo con el merecido título de Villa Heroica, por atreverse el pueblo a dar el primer grito de Federación, luego de un arduo trabajo de investigación en la Hemeroteca Nacional, hurgando en viejos periódicos publicados entre 1862 y 1887, El Federalista, El